PQ/6641/E565/T6

A tontas y á locas.

Novela escrita en castellano

POR

D. ANTONIO VELASCO ZAZO

Hijo y vecino de Madrid

MADRID
1916

ARTES GRÁFICAS
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27.

A tontas y á locas.

OBRAS DE ANTONIO VELASCO ZAZO

Sangre joven, novela. (Agotada.)
El teatro por dentro, apuntes y biografías. (Agotada.)
Mujer de teatro, novela. (Agotada.)
La esencia de lo chulo, leyenda. (Agotada.)
Las chulas de Morería, leyenda. (Agotada.)
Del barrio moro, leyenda. (Agotada.)
Espejo de pícaros, novela. (Agotada.)
La rubia de Naranjeros, episodio. (Agotada.)
La villa del Manzanares, artículos de otro tiempo. (Agotada.)
La flor de la corte, artículos de otro tiempo. (Agotada.)
La majeza de mi tiempo, novela. (Agotada.)
A tontas y á locas, novela.

TEATRO

Andrés, cuadro dramático, en prosa.
Hacia la cumbre, impresión dramática, en prosa.
La reina de los Mayos, zarzuela, en verso y prosa.
Mal vivir, cuadro dramático, en prosa.
Vidas sombrías, drama en un acto, en prosa.
El chavalillo, sainete en un acto, en prosa y verso (1).

Serrana, cuento.
Recuerdo del banquete, versos.
El sainete y D. Ramón de la Cruz, conferencia.
Tonadillas y comediantes, conferencia.

---

(1) Música de D. Pascual Marquina.

A
4

ANTONIO VELASCO ZAZO

A TONTAS Y A LOCAS

NOVELA

MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE J. PALACIOS
Arenal, 27 y Lista, 12.
1916

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A TONTAS Y A LOCAS

(NOVELA)

I

Por la popular y pintoresca calle de Santa Ana agitábase la multitud dominguera, sin miedo á las heladas ráfagas que cortaban la cara. El frío ambiente de la tarde invernal estaba lleno de voces y de ruidos. Los vendedores estacionados en la puerta trasera del teatro de Novedades, mezclaban de continuo sus pregones: «¡Tortíbilis de las Ventas!», «¡Cuántas, calentitas!», «¡A cinco y á diez, bartolillos!», «¡Chuletas

de huerta!». En torno de los vendedores, metiendo materialmente las narices en las cestas y cajones, amontonábanse varios racimos de chiquillos, con los ojos muy abiertos, las manos amoratadas y los mocos colgando. Otros muchachos, menos golosos, jugaban á la «guerra», provistos de palos y gorros de papel. A la puerta de una taberna, dos borrachos escandalizaban con su cántico descompasado. Unas mujeres que con cubos y cántaros aguardaban la vez en la fuente, ponían en sus disputas los vocablos más groseros y punzantes. Todos los sonidos, el estruendo entero del barrio en fiesta, se metía de lleno en el cuarto de Manolita.

Esa alegría del pueblo madrileño, que en la calle era simpática y atrayente, producía no poca pesadumbre en el piso tercero de la peinadora, tan callado y tan triste.

Con la expansión de los menestrales, contrastaban las lamentaciones de Manolita. Sus palabras, á modo de saetas, mortificaban el ánimo de Presentación, su amiga, invadiéndolo de amargura.

Para calmar la pesadumbre, decidieron salir á la calle. El techo de la reducida estancia parecía caérseles encima. Necesitaban, cuanto antes, abandonar la casa. Eran muchas penas y muchas lágrimas para ser aguantadas en la tarde riente de un domingo lleno de sol.

Echáronse el mantón sobre los hombros y bajaron presurosas la empinada escalera, no sin antes sujetarse bien las ligas.

La gente avanzaba en todas direcciones, como un río desbordado. Las mocitas pintureras, arrebujadas graciosamente en los mantones de lana y dando al aire los rizos de sus cabelleras diestramente peinadas, lo mismo que las

picantes exhalaciones de perfumes baratos, retaban al transeunte con la mirada provocativa de sus ojazos repletos de luz y de deseos.

El timbre de los *cines* se confundía con el rodar de coches y tranvías. Las campanas de San Isidro, volteadas con el pretexto de cierta novena, ahogaban las dispersadas notas de un organillo que sonaba en el interior de un establecimiento de la calle de los Estudios.

No obstante el distraído caminar, los lamentos de Manolita se sucedían incesantes, llevando aparejada una angustia dolorosa producida por el desvanecimiento inesperado de una ardiente pasión.

De buena gana hubiera tapado la boca de los que alegremente reían y charlaban. Ante la impasibilidad y el aburrimiento, las dos mujeres volviéronse á casa.

Ya hacíase noche y por eso los muebles y adornos de la habitación parecían, en la sombra, contagiados con la desventura de su dueña. Una mesa-camilla mal cubierta con un tapete agujereado y desprovista de brasero; un sofá que ayer fué testigo de promesas y hoy encubridor de venganzas; la alcoba donde antes se sellaran con besos los amores y ahora el odio y el rencor salían enardecidos; la casa entera donde se consumía la pobre huérfana, abandonada por su compañero...

La chiquilla, pues apenas contaba diez y ocho años, era guapísima y morenota, mediana de estatura y gallarda en el andar. Su historia, la historia vulgarísima de sus hermanas, la de siempre: un señorito, un buen mozo galanteador y rumboso, que aprovechando la débil voluntad y el mísero existir de la jovenzuela, hácela suya para mimar-

la con falsedad, y el día que sus ojos tropiezan con una hembra más atractiva y más apetitosa, procede á su conquista y da un puntapié á la otra.

A medida que corría el tiempo y aumentaba la alegría callejera, los pesares de la peinadora se acentuaban visiblemente. Sola otra vez, sin apoyo, sin amparo del hombre á quien entregó su cariño, lloraba desesperada sobre la mesa, y muy sorda, muy penosamente, protestaba de las injusticias de la sociedad, de los crímenes sin sangre para los que no hay castigo.

¡Qué soñadoras otras noches invernales, y qué horrible aquélla tan fría de las campanas, de las parejitas domingueras y del organillo de la tienda!

Manolita puso toda el alma en el primer amor, probando la pócima de la vida, la engañosa pócima que al principio sabe dulce y al final amarga como

hiel. Mientras tuvo á su lado al galán, el mundo para ella era pequeño; así que se encontró aislada, Madrid se tornó feo y triste. El desengaño descubrió la entraña de los amores fáciles.

Puso su ardorosa frente en los cristales del balcón. En los primeros momentos, gemía y volvía la cabeza para no ver el gentío vario y apiñado que salía del teatro de Novedades. Se fué luego acostumbrando y miraba atenta á los grupos. Después, recostada en el hombro de Presentación, clavó los ojos en unos cuantos bigardos, abrió la vidriera y se echó á reir como una loca, como una verdadera loca, en tanto que los mozallones se perdían en la obscuridad de la calle de las Velas, cogidos de la mano, brincando y cantando á coro:

«Es muy propio que en Enero,
todo gato esté algo fiero
por la gata de su amor.
¡Chiribí! ¡Pompón!»

II

Luis, el novio de Manolita, resultaba un ser pudiente y despreocupado. Aparte de sus aficiones literarias, pertenecía al bando de los modernos conquistadores escénicos, de los que fácilmente entran y salen por los escenarios, rindiendo corazones.

Disfrutando de verdaderas comodidades, gustábale visitar los cuartos destartalados de las cupletistas, lo mismo que subir á los pobres sotabancos de las obreras.

De telón adentro, no había reparado más que en los detalles de relumbrón, sin que por sus oídos pasara el grito

angustioso que salía de todos los cuartos ocupados por el coro, donde estómagos necesitados arrastraban á cerebros inocentes.

Del mismo modo que á las coristas, rindió á Manolita. Dejó volar su alma soñadora, ofreciendo riquezas, lujos, bienestares, y sobre todo amor grande y constante.

¡Qué bien hablaba Luis! Sus frases se sucedían fáciles y cascabeleras. ¡Y qué poco trabajo le costaba pronunciarlas! ¿No eran las mismas que rezó en las orejas de otras mujeres?

Su amor no era amor. Su amor consistía en pervertir gustos y sentimientos. Arrebataba las caricias, sin corresponderlas con la pasión que dignifica á quien las concede.

Toda la riqueza se encerraba en un cuartito de ocho ó diez duros. El lujo no pasaba de unos zapatos de moda

y cuatro alhajas de oralina, que las inocentes muchachas conservaban como oro de ley.

Muy poco trabajo y dinero le costó á Luis obtener las mejores intimidades de la peinadora.

Otro tanto consiguió de las cupletistas, no sin gastarse algo más con ellas, ya que las necesidades también eran mayores.

Entre una y otras, existía una diferencia notabilísima. Manolita era ingenua, sencilla, graciosa y confiada. Sus misericordiosas acciones enaltecíanla hasta sentir por ella verdadera devoción. Una falta absoluta de picardía presidía todos los idilios iniciados por las ansias del señorito. Su lealtad sólo apetecía hermanar los cuerpos y las almas. En cambio, las artistas respondían con cansancio, con el cansancio extremo de quienes empezaron á amar apenas entradas en

la pubertad. Su lenguaje, descocado. Sus actos, recordando siempre el ambiente de juerga y borrachera.

Luis no supo ó no pudo desprenderse de tal atmósfera, perjudicándose en todos sentidos. Hubiérase encarado con el arte, hubiera peleado con entusiasmo, y habría llegado. ¡Ya lo creo! Era joven, valiente, con algún talento y muchas ilusiones.

Pero no luchó. ¡Pobre! Otros escritores se hacían un nombre en los más importantes periódicos; los jóvenes de su época triunfaban en el teatro. Y él permanecía solo y obscurecido, dándose de lleno á la francachela. Gastaba por gastar, sin saber por qué.

Con la vida que llevaba, había perdido hasta parte del cariño familiar.

Su espíritu infantil estaba prisionero de las mujeres alegres.

Era un muñeco más de la farándula.

III

Adiós. Ya sabes que todo ha terminado entre nosotros.

—¡Luis!

—Adiós. De mí no te acuerdes nunca.

—Oye: es que antes necesito que me digas el motivo.

—¿El motivo? Demasiado lo sabes.

—¡Luis!

—Adiós, adiós.

—Aguarda un instante.

—¿Qué quieres?

—Ven acá.

—Acaba pronto, porque me falta la paciencia.

—¿Pero de veras te marchas para siempre?

—De veras. ¿Es que vas á dudar de mis palabras?

—¿Pero para siempre, para siempre?

—El tiempo te lo demostrará.

—Parece mentira que...

—¿Qué?

—Parece mentira que hombres de tu talento se crean de las murmuraciones del teatro.

—Ya ves...

—¿Engañarte yo?

—¿Ves cómo no ignoras el motivo? Eso, eso; engañarme tú, que jurabas quererme tanto y tanto.

—¿Quieres más demostraciones?

—No, no quiero nada de ti.

—¿Ni un beso? ¿Ni el último beso?

—Ni el último beso. Cuando se ha lle-

gado á una situación como la presente, no hay besos que valgan. Todo es en balde.

—¡Luis! ¡Perdóname!

—¡Perdonarte!...

—¡Soy tuya, sólo tuya, tuya y de nadie más!

El diálogo que antecede era sostenido por una artista y un hombre, en el cuarto de la primera. Por los estrechos pasillos del teatro danzaban músicos y autores, bailarinas y tramoyistas, preparándose para comenzar la función de tarde. La puerta, entornada, permitía ver el rostro de la dama; no era otra sino la bella Mary-Paz, una cupletista cuyo nombre ocupaba lugar preferente en los carteles. Al hombre, aun cuando estaba de espalda, era fácil reconocerle por la silueta que de memoria se sabían todos los de la farándula: el amante de Mary-Paz, el escritor á

quien ya hemos presentado en el capítulo anterior.

Cuantos pasaban por delante del cuarto, lo mismo hombres que mujeres, dirigían una mirada al interior y sonreían con malicia.

Los amantes continuaban en alta voz su conversación, sin apercibirse de que eran curiosamente observados.

—Tú por un camino y yo por otro.

—¿Te empeñas?

—Tú has querido que sea así. Me marcho, porque el papel que estoy haciendo aquí dice muy poco en favor de mi dignidad.

A esto, el avisador tocó con los nudillos en la puerta, y con voz aguardentosa preguntó:

—¿Mary-Paz?

—¿Qué hay?

—¿Podemos empezar?

—Cuando usted quiera.

Luis abrochó su gabán, calóse el sombrero y dando un apretón de manos á la cupletista, dijo resueltamente:

—Adiós.

El apretón de manos fué lazo que sostuvo unidos aquellos dos seres durante largos minutos; él intentaba desasirse, ella le retenía.

—Dame un beso.

—¿Cómo?

—Sí, hombre; dame un beso en señal de despedida.

—Estás loca. ¡Un beso!

—Un beso, sí. ¿Qué tiene de extraño? ¿No te dí yo todos los que me pediste?

—¡Un beso!

—Pronto, que esperan.

Y lenta, triste, automáticamente, fueron atrayéndose hasta quedar con las cabezas juntas. Los labios de la artista tropezaron con las mejillas del hombre y en ellas depositaron un beso largo,

sostenido y tan apretado, que aun cuando no sonaba, no por eso dejaba de ser abrasador. El escritor no la besó; no quiso, ó no encontró donde poner su boca.

La misma voz áspera de antes, gritando: «¡A escena, Mary-Paz!», rompió definitivamente el diálogo.

—Adiós.

—Adiós.

Mary-Paz quedó frente al espejo, prendiendo unas flores en su pelo azabachino.

Tambaleándose de celos y de vergüenza, Luis salió á la calle. Caminaba despacio, abochornado, pegado á las paredes. Figurábase que el último beso de la cupletista se le había quedado grabado en la cara y que toda la gente le miraba con marcada curiosidad. Se vió obligado á subir en el primer tranvía que encontró. Allí se avergonzaba do-

blemente; los viajeros le observaban más de cerca, con mayor detenimiento. Salió á la plataforma. A cada parada, el conductor se volvía para mirar descarada y rápidamente á Luis. Al pasar frente á un puesto de coches, bajó y se dirigió al primer cochero, preguntándole:

—¿Tienes hora?

—Las cinco menos diez, señorito.

—Al campo.

—¿Dónde?

—Al campo, donde quieras.

El coche rodó por calles y calles, por los barrios extremos, por los arrabales, por el campo, dejando atrás la ciudad incendiada por los postreros resplandores del sol de invierno.

IV

Dos años transcurrieron sin verse. Durante ellos, la bella Mary-Paz siguió cosechando aplausos. Tenía dinero, lujo, alabanzas de críticos y protección de autores y amigos.

Concretada al amor de Luis, no hubiera nunca salido de una situación más ó menos apurada. El escritor no era suficiente á resolver sus necesidades y sus ansias.

Proposiciones tuvo muchas y excelentes. En uno de los admiradores encontró todo cuanto ambicionaba. La artista aceptó los ofrecimientos, per-

vertió su conciencia y dió lugar á la murmuración de la gente y al desprecio de Luis.

Apenas éste volvió la espalda, el otro le suplantó con el mayor desahogo, no dejando sola á la cupletista ni aun en aquellos momentos en que el pudor casi lo requiere.

Fué entonces cuando el escritor conoció á Manolita y en sus amores buscó lenitivo para el tedio que le martirizaba.

La casa de la calle de Santa Ana, pobre y destartalada, sirvió de palacio de dichas no interrumpidas, de felicidades sin cuento. El portal era estrecho y sin luz. El patio sucio y mal oliente. Los pasillos lóbregos y pequeños. La escalera empinada y revuelta. Los corredores fríos y llenos de harapos. La habitación menguada y sombría.

Y toda esta miseria pasaba inadvertida para los que se amaban libre y

poderosamente. Quien aseguró que el amor es ciego, dijo la más grande verdad. Pues los placeres momentáneos ponían un velo á las incomodidades del hogar. Ciertas pestilencias se disipaban con papel de olor y con espliego quemado en el brasero. Los rincones en sombra eran más propicios al deleite. Los desvencijados cajones de la cómoda llenáronse de ropas. A la estampa de la Virgen de la Paloma no le faltaba jamás su lamparilla. Si el fogón no se encedía, ellos no dejaban de comer en el café ó en alguna taberna. Su independencia valía por todo.

No tenía Manolita que madrugar para ir al tocador, puesto que las parroquianas ó abonadas se levantaban muy tarde, ya que vivían más de noche que de día. Estaba el salón en la calle de la Esgrima. Una vez terminada la faena, almorzaba allí mismo é inmediatamente

marchaba á casa de la señora Joaquina, la fiadora, donde nunca faltaba algún chulo rumboso que convidara á café. Entre dos luces al *cine*. Cenar, casi nunca lo hacía á tiempo, en espera de Luis, que no tenía hora fija para venir. Por la noche al café. Algunas veces solían ir á Novedades. Y después, á taparse bien entre las sábanas para no sentir el frío de la helada.

¿Cómo se conocieron? Una mañana plomiza y callada del crudo invierno, la peinadora entró en el «Nuevo Brillante», el café de la calle del Gato. *La Raquel*, aquella camarera del pelo rubio y los ojos negros, habíase muerto la tarde antes. Juntas se criaron y juntas fueron al desaparecido baile de la calle de los Abades. Allí estaba también Luis, rindiendo testimonio de amistad y admiración. Desde un principio, Manolita y el señorito simpatizaron. Llegó la

hora del entierro y cerraron la caja mortuoria de *La Raquel*, la que en vida fué una hermosa mujer codiciada por todo el mundo.

Sobre el suelo quedaron algunas flores medio marchitas. Manolita y Luis se agacharon a coger unas pocas.

—¡Qué casualidad! ¿A usted también le gustan las flores de los muertos?

—Dicen que con ellas nos libramos de la muerte.

—En ese caso, voy á coger otras poquitas para usted, preciosa.

—Muchas gracias; pero no se entretenga, que se le va á hacer tarde.

—¿Tarde? ¿Para qué?

—Para el entierro. ¿No va usted?

—Después de ver esa cara, yo ya no voy á ninguna parte. Desde hace un rato, usted manda en mí.

Salieron del café. Hacía un frío intenso. La chulapa se apretujó contra el

hombre que la cortejaba. El niño de los ojos vendados los empujó hacia la calle de Santa Ana. Subieron. Y en el pobre tugurio se confundieron en un abrazo.

Después de almorzar, Manolita recordó la visión macabra que por la mañana había presenciado en el «Nuevo Brillante» y pensó que acaso no tardando mucho pudiera ocurrirle á ella otro tanto.

Luis robaba los negros pensamientos de la peinadora y en su espíritu iba dibujando la esperanza de días felices y de amores desinteresados.

Llegaron, llegaron esos días y se abocetó ligeramente el amor verdadero; pero como nada hay eterno en el mundo, las relaciones entre la peinadora y Luis comenzaron á tambalearse. El secreto de los amoríos pasionales, hizo una vez más su aparición. Habituado al trato con mujeres fáciles, Luis quiso añadir una más en sus conquistas.

Y lo consiguió. Con su gallardía, con su dinero y con su parla seductora, arrastró á Manolita, con el mismo ímpetu que á Isabel, la florista del «Trianón»; que á Pilar, la sombrerera de la calle del Carmen; que á Blanca, la camarera de «Nueva España»; que á tantas y tantas conocidas mujeres del Madrid majo.

Poco á poco, con el tiempo, que es quien todo lo mitiga, fué borrándose el recuerdo de Manolita.

Los rincones picarescos atraían á Luis, quien derrochó su rumbo lo mismo con mujeres que con hombres. Solo, harto, materialmente hastiado, gastábase el dinero con el primero que llegaba. Las gentes aceptaban aquella amistad, no por lo que pudiera valer, sino por lo que de ella sacaban. Mientras, el pobre escritor iba á tontas y á locas, dando tumbos por la vida.

De taberna en taberna, de colmado en colmado, por teatros y cafés cantantes, por los bailes, siempre en coche ó automóvil, siempre de juerga, en continua danza, en un jolgorio inacabable.

Madrileño de casta, quedábase prendido en los flecos de un mantón lo mismo que los pájaros en la liga.

De sus andanzas, había sacado un vasto y profundo conocimiento de las vidas ajenas. Por eso sabía tan de corrido infinitas anécdotas de la gente pícara.

Lo mismo alternaba con las hembras de rompe y rasga que con damas de esclarecido linaje. Él apadrinó el chico de la estanquera de la calle de Santa Isabel, y fué invitado a la boda de la marquesita de Revillón.

Más que las mundanas criaturas, quien tiraba de Luis era el alma de Madrid.

V

Un sábado de los últimos del mes de Diciembre, un mensajero trajo á Luis noticias de Mary-Paz. La cupletista había escrito una lacónica carta que decía:

«Amado Luisín: Sabrás que he recobrado el juicio y soy la misma de antes. Esta noche te aguardo en el baile de la Zarzuela. ¿Irás? Fíjate en una chula con mantón encarnado y antifaz del mismo color.

»Cuando pienso en lo mucho que te quiero—y llego á imaginar que no me quieres—, tiemblo de orgullo y de celos

muero.—Perdóname: así somos las mujeres.—*Mary-Paz.*»

El billetito hizo meditar á Luis más de dos horas.

Mentira le parecía. Ella, que sólo buscó la murmuración, se atrevía á invitarle al baile después de un silencio de dos años, añadiendo que no era mala.

¡Torpe! ¿Habría imaginado, al trazar los torcidos y diminutos renglones, que Luis esperaba la invitación de una mujer para asistir al baile de máscaras? ¿Habría supuesto que iba á ceptar el estúpido ofrecimiento?

¿Cómo pretendía Mary-Paz que el antiguo amante se colgara ahora de su brazo y se mirara libremente en sus ojos y comiera con ella? Ayer, otro día, es fácil que en calidad de principiante, es decir, de persona que ve por vez primera un enorme grupo de disfraces, que no ha pisado nunca la doble alfombra

de papelitos multicolores, ni sus ojos se han recreado en los varios colorines de las serpentinas y de las luces, la hubiese acompañado para sacarla del salón antes del descanso. Hoy era imposible de todo punto. Ya no era la misma. Ya todo acabó entre ellos.

Mary-Paz no significaba nada para él. Fuera cintajos y flores. Que no ocultara con el antifaz su rostro demacrado. Luis estaba convencidísimo de que no era la misma.

Así pensaba el escritor, mirando la carta de Mary-Paz y recordando su virtud pasada.

¿Acaso se arrepentiría? ¡Bah!... Después de todo, nada restaría de los encantos de otra edad. ¡Necia! ¡Más que necia!... Y contestó á la cupletista en los siguientes términos:

«Infeliz: escribe otra carta y mándasela á quien no te conozca. Escríbela

y pronto hallarás una pareja que responda á tus caricias, ensayadas de antemano. Yo no puedo ir á estrechar tu cintura; me da más vergüenza que á ti.

»De mí no te acuerdes para nada. Para mí no existes. Para mí has muerto. No te canses.

»Sigue soñando, que ese es tu destino. Pero no olvides jamás que, cuando te arrojaste desde lo alto de la ventura, fuí el primero en salir á tu encuentro. Yo te tendí la mano y tú me rechazaste. No pude hacer más.»

La noche de aquel sábado, Luis llegó á la puerta del teatro con objeto de ver si era cierto lo que Mary-Paz decía en su carta. Quería observarla, mirar una vez más su descaro.

Sin entrar en la Zarzuela, estuvo paseando desde la calle de los Madrazos á la de Zorrilla. Atisbaba el interior de

todos los carruajes y huía de cuantos disfraces entraban en el baile. Más de una docena de veces cruzó de acera, confundiendo la silueta de la artista. Cuando las máscaras pasaban bajo los globos de luz, Luis, desde el quicio de un portal, convencíase de que ninguna era la que él esperaba.

Transcurrieron dos horas. Cansado de aguardar, marchó á Bellas Artes, donde tomó café y leyó un periódico de la noche.

Sonaron las tres. Luis salió precipitadamente á la calle. Era la hora del descanso, el momento en que muchas parejas abandonan el salón. Quizás lograra ver á la artista colgada del brazo de algún viejo y entrar presurosa en un carruaje.

Cruzando entre un doble cordón de femeninas y repugnantes sombras del vicio, que desde la esquina del Suizo se

extendía por la calle de Cedaceros, el escritor volvió frente al teatro.

Los mismos paseos, las mismas miradas á los coches, el mismo temor á los disfraces, el mismo resultado de antes.

Mary-Paz no aparecía. Indudablemente aquello era una broma de Carnaval, y quién sabe si la muy tuna reiría tras la vidriera de un balcón.

Convenía desistir. Lo más práctico era reponer el estómago y preparar una crónica que seguramente iba á leer la propia inspiradora.

Pensado y hecho. Luis se dirigió á «Los Gabrieles», subió al entresuelo y pidió un cuarto reservado, uno de esos gabinetes mixtos que de cada habitación tienen un mueble, una casa entera metida en cuatro metros cuadrados.

En el cuarto contiguo estaban de

fiesta. La juerga no tenía límites. Una guitarra sonaba diestramente tañida. Las coplas, henchidas de pasión, sucedíanse con breves intermitencias. Se oían chocar de vasos y carcajadas de mujer.

Mientras la jarana iba subiendo de tono, en el pasillo tenía lugar la siguiente escena:

Una moza esbelta y hermosa, con flores y lazos en la cabeza y en el cuello, iba á entrar decidida en el gabinete. Al reparar en Luis, que salía del suyo, se detuvo.

El hombre avanzó y luego de observar un momento á la mujer, dijo:

—¿No te atreves á entrar?

—¿Qué se te ofrece?

—Vamos á pasar juntos.

—Imposible; eso no.

—¿Lo dices en serio? Anda, vamos á entrar juntos.

—Tú no. ¡Vete!

—¿Pero qué dices?

—Me aguardan, no puedes pasar.

—¿Has creído que yo iba á pasar contigo? ¡Quiá! Antes tenías que quitarte ese lazo y esos floripondios. Con esos llamativos, tienes que entrar como una... como lo que eres.

—Bueno, que te abrigues, que está helando.

—¿Sola?

—Solita.

—Mary-Paz, yo voy contigo.

—¡Márchate! No me comprometas.

Luis, cogiendo con furia á la mujer:

—¡Marcharme! Estás loca.

—Déjame, so golfo.

—La golfa eres tú.

Mary-Paz trataba de desasirse. El la dió dos bofetadas que la hicieron caer de bruces.

En el suelo, con rencor.

—¡Cobarde! ¡Maldita sea tu casta!

La amarga maldición vibró un instante en el aire; luego fué apagada por la jarana que bullía en el cuarto, y al final se perdió por el hueco de la escalera, para caer con un eco sordo y punzante sobre el corazón de Luis, que salió á la calle y ambuló sin rumbo, á tontas y á locas, en tanto que Manolita, la peinadora, y su amiga Presentación, daban vueltas y más vueltas en busca del señorito Luis.

La señora Joaquina, la fiadora, fué con el soplo. A ella le entregó Mary-Paz la carta para que la dejara en el Continental, teniendo buen cuidado de enterarse de su contenido antes de cumplir el encargo.

A media noche, las dos chulapas comenzaron su calvario, siguiendo las instrucciones de la señora Joaquina.

Más de seis veces pasearon desde la

calle de Alcalá á la de Jovellanos. Ni vieron á la cupletista ni se encontraron con Luis. Terciada la noche, cerrábanse los pocos establecimientos abiertos á tales horas. Los vendedores de periódicos y décimos de lotería, suspendían sus pregones y se acurrucaban en los quicios de los portales. Los serenos hacían otro tanto. Las dos mujeres entraron en un *tupi* de la calle de Arlabán. El local era amplio, pero destartalado y triste. No funcionaba ya el piano eléctrico y la mitad de las luces estaban apagadas.

En un rincón discutían agriamente un hombre y dos mujeres; él tenía un aspecto no poco sospechoso, ellas no podían negar su indecoroso oficio; las amenazaba el galán, protestaban ellas y al fin le entregaban unas cuantas monedas que el otro se guardaba en el pantalón.

—¿Has visto? ¡Pero que pánfilas son algunas mujeres!—exclamó Manolita.

—¡Y qué frescos son algunos tíos!—añadió Presentación.

Pidieron café con tostadas. Frente á frente, reanudaron el tema y la peinadora se aflojó el corpiño, sacó un pequeño revólver y enseñándoselo á su amiga, dijo:

—Aquí tienes el remedio.

Presentación se quedó estupefacta, sin valor para arrebatárselo.

—¿Lo ves? Con esto mato á ese hombre y asunto despachao.

—¿Pero tú?...

—Calla. Ya sé lo que vas á decirme. Criminal, ¿verdá?... No. Sería un crimen matar á un hombre de bien. Luis es un ladrón de mi honra, un sinvergüenza que me robó en dos meses lo que yo supe guardar durante muchos años. ¡Qué infame! ¡Yo que creí que me adoraba de

veras! Y claro, la primera vez que caí en sus brazos, me acordaba de las escenas que había leído en sus libros. Yo le quise, ¿por qué he de negarlo? Te juro que le quise con todo mi corazón. Mi ilusión era casarme con él; no me gustaba estar arrimada, sino ser su mujer. Pero luego resultó un asqueroso y por delante de mis narices paseó á esa cupletista sin voz. Yo le daré una lección.

—¿Pero has pensao bien lo que dices?

—¡Y tan pensao! Al principio, sentí indiferencia porque creí que volvería; hoy, la indiferencia se ha convertido en odio. Ya no espero más. Ya no tengo lágrimas para llorar más de lo que he llorao. Dentro de poco estaré satisfecha y se habrán calmao las ansias de mi pecho. El caso es que por esta noche ya se me ha escapao. Pero yo le buscaré mañana. Y te advierto que he de ir sola,

completamente sola, porque sé lo que hago y no estoy loca, como tú te figuras.

¿Estaba loca? Quizás no. Pero así se lo parecía á Presentación desde la tarde aquella que salieron á dar una vuelta y tocaban las campanas de San Isidro y en la calle de los Estudios sonaba un organillo.

Desesperanzadas y rendidas por el sueño, marcharon á su casa.

Al siguiente día, los carteles del teatro donde actuaba la artista fueron tapados, en parte, con una faja que decía: «Aviso.—Por indisposición de la bella y sugestiva cancionista Mary-Paz, se suspende el estreno anunciado á tercera hora, poniéndose en su lugar el entremés *Los Toribios*. Las personas que hayan tomado billetes para esta sección y no estén conformes, pueden devolverlos en el despacho, donde se les entregará su importe.—La Empresa.»

También el periódico donde escribía Luis insertaba esta noticia: «Ha dejado de pertenecer á nuestra redacción el joven y notable escritor Luis Medina, que durante dos años trabajó incansablemente en esta casa. A la mayor brevedad saldrá para el extranjero. Buen viaje y ya sabe dónde deja su casa y sus hermanos.»

VI

Despistando á todos sus amigos y conocidos, Luis Medina se metió en el rápido de Barcelona y desde el tren se despidió de Madrid, abarcando con los ojos toda la parte baja de la villa: los barrios extremos y sucios donde infinitas criaturas morían de hambre.

El viajero miraba con tristeza los árboles desnudos y los campos yermos.

A las pocas horas, contempló, entusiasmado, las ramblas repletas de flores; una vegetación tan abundante como espléndida; paisajes no imaginados, que el sol iluminaba con sus rayos potentes

y vivificadores, y los pájaros alegraban con sus trinos.

¡Barcelona! ¿Acaso soñaba? No. El tren había salvado en unas cuantas horas la enorme distancia.

Ya estaba junto al mar, aquel mar que tantas ganas tenía de ver. Y hacia él caminaba atravesando anchas y simpáticas calles.

Llegó á la Barceloneta. Desde allí, el espectáculo resultaba maravilloso. La costa recortábanla gigantescos peñotes que en algunos sitios formaban altísima montaña; al lado, un abismo que se perdía entre el agua; un poco más allá, una plazoleta cubierta de hierba, de árboles y flores.

El sol, como gran disco de oro, abrillantaba mar y ciudad, para trocar en plata la espuma de las olas, en amarillos los edificios, en hilos de seda las torres, en hoguera encendida las fábricas

y en nube de terciopelo el humo negro que vomitaban las chimeneas de los barcos.

Allí se palpaba la vida. Los comercios, en continuo trajín; las calles, invadidas por una confusa multitud que iba presurosa de un sitio á otro; los cafés, llenos; los *cines* y teatros, repletos.

Pero no era oro todo lo que relucía. A la caída de la tarde, cuando en las fábricas se suspendía el trabajo, Luis veía salir de los talleres hombres y mujeres rendidos por una labor incesante. Estos hombres, tenían necesidades; estas mujeres, pasaban hambre. Iban por la orilla del mar, buscando los barrios pobres, las calles sucias y las viviendas míseras.

Caminaba él también por la orilla, pensando en el pueblo bajo de Madrid y en aquél cien veces más horrible y vergonzoso, por asentarse á espaldas de

una ciudad nueva, simpática y admirable.

¡Barcelona! La capital que en una veintena de años ha sabido reformarse notablemente. Desde su inolvidable Exposición Universal de 1888, ha progresado entre la serie interminable de atentados terroristas, como el dirigido contra el general Martínez Campos, la catástrofe del Liceo, las bombas de la calle de Fernando y llano de la Boquería, las de Puerta-Ferrisa y salón de San Juan, y sobre todos estos cobardes sucesos, la revolución de Julio de 1909, dando lugar al fusilamiento de Francisco Ferrer.

¡Barcelona! La ciudad gigantesca que asombra desde el momento que la línea férrea entra en la zanja de la calle de Aragón, para detenerse en el apeadero de Gracia. Y allí mismo, la plaza de Cataluña, una de las más grandes de

Europa. Y el teatro del Liceo. Y los jardines del Parque.

Todo, todo lo vió Luis, ayudándose con libros, artículos y notas.

Así, el palacio del conde de Centellas, en la bajada de San Miguel, obra del siglo XV, con un patio de estilo gótico. El otro patio primoroso de la Diputación. El Palacio Episcopal, donde murió el Rey Don Juan II. El portal de la casa del Arcediano, en la calle de Santa Lucía. La puerta de San Ivo y el coro de la catedral. El archivo de la Corona de Aragón. Aquella iglesia de Santa María del Mar, donde reza una inscripción: «Sentado en esta grada pidió limosna San Ignacio de Loyola.» Las fieras y la cascada del Parque. La estatua de Colón, á cuyo final se sube por un ascensor. El puerto, de los mejores del mundo.

En días sucesivos, Luis visitó la igle-

sia de San Pablo, valiosa y antiquísima. *El Paralelo*, con sus guaridas pintorescas. Las murallas de Atarazanas. El castillo de Montjuich.

No se olvidó del Palacio de la Música, ni tampoco del Arco del Triunfo.

Subió al santuario de San José de la Montaña, para contemplar el paisaje. Y entró en el parque Güell.

Un domingo fué al monasterio de Santa María de Pedralbes y recorrió los amenos alrededores, entre ellos el merendero de la Fuente del León.

¿Y el hermosísimo paseo de Gracia, visto desde el imperial del tranvía, lo mismo que las torres, hoteles y casas de Vallcarce?

¡Oh, la montaña del Tibidabo! ¡Cuánta sorpresa y qué espléndida belleza! Desde su terraza se distinguen las montañas de Baleares.

Hasta allí llega un son lejano, un silbi-

do largo, ronco y persistente: es la sirena de un barco que se marcha...

A la espalda, el casino de la Rabassada, con sus curiosas atracciones. Y cerca, muy cerca, el rincón encantador de Vallvidrera, desde donde se divisan las montañas de Montserrat.

El templo de la Sagrada Familia y el laberinto de Horta, dejáronle una dulce impresión. Pero nada tan grato como la excursión á Montserrat, ascendiendo por el ferrocarril de cremallera y dominando toda la vega del Llobregat, lo mismo que las raras y altísimas montañas de variados y singulares colores. Luis recorrió todos los vericuetos, todos los puentes y arcos, todas las ermitas y grutas diseminadas por la montaña. Y un campesino de rostro bronceado y cabellos como la plata, le refirió la leyenda:

«El conde Wifredo fué quien mandó

construir el monasterio. Cuentan que este conde tenía una hija poseída de los demonios y padeciendo fuertes ataques epilépticos. Aconsejáronle que la llevase á que la viera el ermitaño Juan Garín, el cual seguramente la curaría. Hízolo el padre y dejó á la hija en poder del ermitaño, que abusó horriblemente de ella, la cortó la cabeza y enterró su cadáver. Arrepentido, huyó á Roma á pedir perdón al Papa, y éste le impuso por penitencia que volviese á la montaña con pies y manos en el suelo, sin mirar al cielo. Se encaminó el ermitaño á Cataluña, en la forma indicada, sin tomar más alimento que hierbas y agua. Cumplida la penitencia, subió á la montaña; pero observó que sus ropas, ya destruídas, dejaban al descubierto las carnes, cubiertas tan enteramente de vello que parecía una fiera. Yendo á cazar jabalíes el conde Wifredo, le dió caza, cre-

yendo que era un gorila, y le llevó á su palacio de Barcelona para enseñarlo al público. Una niña recordó haberle visto en la montaña, le tendió los brazos y le dijo: «Levántate, Garín, que Dios te perdona.» También le perdonó Wifredo. Entonces Garín habló, confesó su culpa y señaló el sitio donde estaba enterrado el cuerpo de su hija, á quien hallaron viva y buena. En testimonio de este hecho, Wifredo hizo construir el monasterio de Montserrat.»

De Barcelona, nuestro hombre pasó á Tarragona, para asomarse al magnífico balcón del Mediterráneo y subir á la torre de Pilatos, únicos restos del palacio de Octavio Augusto. Más arriba, junto á un pasadizo, las murallas y las puertas ciclópeas. Y enfrente, la preciosa cruz de San Antonio.

Por calles revueltas y pintorescas llegó á la catedral, quedando extasiado

ante la soberbia portada, formada en su mayor parte por un rosetón gótico y finos calados. Los arcos ojivales descansan en doseletes con estatuas de gran tamaño. El ábside es todo un castillo de la época. En la capilla del Baptisterio hállase la pila que sirvió de baño al emperador Augusto. El claustro es uno de los mejores de nuestra bella España.

Muy cerca, el palacio de la Camarería, donde murió la madre de Fernando el Católico.

Bajando por la calle de la Misericordia, tropezó con restos del Circo.

Y ya en la plaza de la Constitución, entró en el precioso museo Arqueológico.

Palpó las piedras del puerto, arrancadas del teatro romano, y por el campo hizo varias excursiones á las canteras de Médol, á las termas de Adriano, á la torre de Scipiones, al acueducto de los Ferreros y al monasterio de Poblet.

Por la misma orilla del mar y dejando á un lado la ciudad de Peñíscola, pasado el monasterio de San Miguel de los Reyes, Luis llegó á Valencia, la población oriental de negras torres y hermosa huerta, de calles angostas y palacios señoriales.

Lo primero que hizo el viajero, fué ir á la calle de San Vicente, á ver dónde estuvo la imprenta en que se imprimió la primera edición del *Quijote*.

Después, á contemplar las pinturas de Goya en la iglesia de San Martín, la portada del palacio de Dos Aguas y hojear las comedias manuscritas de Lope de Vega, en el colegio del Corpus-Christi.

En el archivo del Ayuntamiento le enseñaron la espada del Rey Don Jaime.

Y una tarde, yendo por Ruzafa, le hicieron entrar en la plaza de toros más grande de España.

No dejó de visitar el templo de los Santos Juanes, la Lonja, la pila donde se bautizó á San Vicente Ferrer, en la churrigueresca iglesia de San Esteban, el *pocito* milagroso de San Vicente, el Miguelet, la araña de la catedral y las torres de Cuarte y Serranos.

Todos los días iba al Grao y recorría el puerto.

Antes de volver á Barcelona, estuvo en Manises, en Burjasot, en Sagunto, en la Albufera, en La Murta y en los pinares de Porta-Cœli.

Al cabo de otra semana de pintoresco callejear por las ramblas de las Flores y de Capuchinos, Luis se trasladó á Zaragoza, evocando en la vega del Ebro la figura de Lanuza, la revolución de 1808 y el heroísmo de Palafox.

Aquellos sotos cuajados de corpulentos árboles y sus casitas blancas, acusaban la patria de Goya. Allí sonríe la

vida. Los caminos, los arroyos, los campesinos, todo es simpático.

En Zaragoza no se permite la mendicidad ni la blasfemia. Zaragoza es una ciudad que vive entre resplandores de progreso, pero amarrada al fanatismo. Sus calles son anchas y asfaltadas; suntuosos los comercios; de cuatro y cinco pisos las casas; tranvías eléctricos y carruajes de todas clases.

Lo primero que sorprendió á Luis, fué ver la imagen de la Virgen del Pilar en todos los objetos que se venden en la calle de Alfonso I: en petacas, bastones, cubiertos, sombreros y zapatos.

Unos amigos le invitaron á disfrutar de las comodidades del Casino principal y el Círculo Industrial. Bajo unos soportales, admiró el café más grande de España. Tocó las piedras de la puerta del Carmen, agujereadas con las ba-

las de los franceses. Se paró ante la portada plateresca de la iglesia de Santa Engracia, casi totalmente destruída por las tropas francesas.

En la casa de la Infanta recreó sus ojos con el arte de Berruguete. Y pensó que allí murió Pignatelli.

En el convento del Sepulcro vió restos de la primitiva muralla.

Y cuando entró en el templo del Pilar, le produjo el mismo efecto que si bajara á una tumba. Aunque las naves eran altas, parecía que su cabeza tropezaba con el techo. Infinidad de mujeres besaban el suelo. Del coro partían cantos lúgubres. Las gradas del Pilar estaban cubiertas de calderilla, de monedas de plata y billetes. Por estas gradas subía un hombre vestido con larga y roja sotana, conduciendo en los brazos algún niño de pecho que besaba el manto de la Virgen. El tesoro no podía mere-

cer más adecuado nombre, repleto de alhajas y objetos valiosísimos, cuya riqueza es intasable. Los devotos que llegaban con su ofrenda, parecíanle seres quiméricos. Luis dudó de la mentalidad de aquellas personas. Sintió frío, un frío angustioso, y se dirigió á la Seo para distraerse con la belleza arquitectónica, cosa que no pudo lograr. Vió, desde la torre, los picachos cuajados de nieve; á ellos se dirigió, atravesando la frontera é internándose en la nación vecina.

Por aquellas apartadas regiones del Pirineo, los pulmones se ensanchaban á costa de embrutecer el cerebro. La soledad y el silencio eran admirables: horas y horas carretera adelante sin encontrar más que los montes y el cielo. Abajo, los valles salpicados de pinos; arriba, las crestas manchadas de nieve. En la meseta misma del último montículo, donde abundaban los jirones de hielo

y faltaban las flores silvestres, había enclavada una casilla con un rótulo sobre la puerta, que decía: «Carabineros veteranos». En esta casilla, que era como una atalaya para vigilar á los contrabandistas, descansó Lorenzo Suárez de Frías, momentos antes de morir en Panticosa (*). Luis conocía estas y otras andanzas del malogrado escritor. Su amigo Rafael Carrascosa le enseñó un día ciertas notas que Lorenzo dejó escritas en la aldea castellana; con esas notas, las cartas cruzadas y el desenlace del último viaje, podía escribirse una novela documentada; Luis pensó escribirla; cuando regresara á Madrid, lograría ver á Rafael y pondría manos á la obra. Mientras, él también soñaba y apetecía un largo descanso en un pueblecito de la madre Castilla, sa-

(*) Véase la novela *La majeza de mi tiempo*, del mismo autor.

turado de paz y de dulces encantos, como los que se ofrecieron á sus ojos cuando el coche paró á cambiar el tiro en una posada guardada por dos grandes perrazos. En el dintel, tres muchachos jugaban con una baraja renegrida de puro manoseada. Un pastor, con el zurrón á la espalda y la garrota al brazo, se empeñaba en hacer música rasgueando una guitarra en la que una cuchara de metal oficiaba de cejilla. El ganado extendíase por los campos, regalando el oído con el tin-tin de sus esquilas. Dentro de la posada, sonaban chocar de vasos y voces de hombres que se desataban en una canción misteriosa, melancólica, como un adiós al día que se iba.

Primero, las casas pizarrosas de Gavás, la Aduana, el carabinero y el jardinillo de la fonda. Después, á todo correr, ya cuesta abajo, el balneario de

Aguas Buenas. Más allá, Laruns. Y luego, metido en el tren, Pau, con magníficos edificios donde invernan los millonarios de toda Europa. Visitó sus parques, sus buenos paseos, el castillo de Enrique IV, el hotel Gassión, el Palacio de Invierno y la Cruz del Príncipe. Vió á los carteros con una caja colgada al cuello; á las modistillas con sombrero; y muchos ciclistas que corrían como locos. Se sentó en la terraza de un café, escuchó el siseo de las busconas y oyó vocear á los chiquillos: «*¡Le Matin!*, *¡Le Petit Journal!*, *¡Le Patriote!*»

Estuvo en Lourdes, contemplando la gruta donde acaeció el suceso milagroso de las rocas de Masabiela. Cruzó entre los peregrinos y los enfermos, subyugándole las procesiones nocturnas.

Y fascinado, creyéndose fuera del mundo, regresó á España y entró de nuevo en Madrid.

VII

Habían transcurrido dos meses. De Mary-Paz no se volvió á hablar una palabra. En cambio, Manolita no tardó en encontrarse con su antiguo amante. Yo diré cómo ocurrió el encuentro, para satisfacer la curiosidad del lector.

Vagando á tontas y á locas por las calles retorcidas y costaneras de los barrios bajos, Manolita entró en un baile dominguero que había en un antiguo centro de pianos de manubrio. Más que lugar para esparcir las almas alegres y sencillas, era albergue de pícaros redomados.

En un principio, fingió cierta extrañeza del sitio y de los concurrentes. Después, acabó por sentarse, pero sin corresponder á las invitaciones que los hombres la hacían. ¡Bailar! Ella no sabía, porque nunca había pisado estos salones recreativos. Es más, hasta parecía asombrarse del modo extravagante con que aquellos chulos danzaban y del lenguaje que en sus diálogos empleaban.

Los mozalbetes más próximos á la puerta, encargados de recoger las tarjetas y expender los billetes, depararon á la peinadora un recibimiento feliz. Verdad es que no merecía menos su cara preciosa, ya algo ajada por la pena continua de pensar en su Luis y no verle en ninguna parte.

Los chulitos respondieron á la incertidumbre de la mujer y dejaron escapar la nobleza de sus corazones. La mima-

ron y la agasajaron, tuvieron para su simpatía las frases más corteses y no faltó quien la cortejara en el ambigú.

Cuando aquellos hombres ufanamente conquistaban tanta majeza, acertó á llegar Luis, quien espontáneamente abrió los brazos á Manolita y con los ojos hízola comprender la perfidia de sus propias acciones y el arrepentimiento de su deslealtad.

La mujer no pudo reprimir su coraje y lanzó al rostro de su antiguo amante todas las recriminaciones que de momento se le ocurrieron. En vista del encuentro y de las pruebas del diálogo, los rondadores fueron desapareciendo, para dejar en su intimidad á la pareja.

Refocilóse Manolita al contemplar tan de cerca á su adorado tormento. Y rápida, ingenua, instintivamente, le ofreció su casita de la calle de Santa Ana.

Salieron á la calle, y del brazo, muy

pegados el uno al otro, se encaminaron hacia el nido que tantas cosas sabía de sus amores.

Puestos frente á frente en el aislamiento de la sala de la calle de Santa Ana, la peinadora clavó su mirada en el hombre aparecido, en el amante que un día abandonara aquella misma casa. Los ojos centelleantes de la chula, quedaron á Luis mudo é inmóvil. Hubo una de esas grandes pausas en las que se revela toda una vida.

—¿Vienes aquí para no salir más?

El hombre no acertaba á responder. Fué acercándose poco á poco á la mujer, tomó sus manos, que abrasaban y las apretó con vehemencia.

—¡Manola!... ¡Manolita!... ¡Qué á tiempo llegaste!... ¡No verte! ¡No verte más á mi lado!... ¡Qué horror!

—A nadie más que á ti mismo puedes echar la culpa.

—Tienes razón. Yo he sido muy malo contigo.

—No lo sabes bien. Con tu despego me has hecho padecer hasta que he caído enferma. ¡Ya ves qué grandeza la de tu cariño!

—Verdaderamente, no acierto á explicarme cómo ha sucedido todo esto. Yo te quería, yo te quiero, vida mía. Fué un arrebato, una tentación estúpida... Pero yo te quiero como si nada hubiera pasado.

—¿Y el recuerdo de esa pécora?

—Déjalo estar. Una vez que nos encontramos tan cerca el uno del otro, olvida mi comportamiento y resucitemos la felicidad pasada.

—¡Y tan pasada! Mi felicidad la perdí el día que te fuiste de esta casa.

—¿Qué dices, mujer?

—Lo que oyes. Sola, sin amparo de nadie, me pusiste en las puertas de la

miseria. A punto estuve de rodar y perderme. Pero no, yo que conocía la otra vida que tú me enseñaste, me hice fuerte y vendí mis ropas antes que mi cuerpo.

—¡Manola!

—¡Luis!

Este puso sus labios en la frente de la chula. Un temblor mortecino se apoderó de ella. Al hombre se le saltaron las lágrimas y volvió á besar la frente de su adorada. La estancia estaba en tinieblas. En la calle, un corro de niñas cantaba á toda voz:

«Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de los hombres
todas son falsas.»

VIII

Una tarde, de sobremesa, Manolita le dijo á Luis:

—Quiero que me enseñes Madrid, nuestro Madrid. Yo quiero ver contigo esos rincones alegres y tristes que pintas en tus libros, los lugares que sólo conocéis los hombres. Quiero verlo todo contigo y que tú me lo expliques.

—Para luego es tarde. Vamos allá.

Salieron. En la Puerta del Sol tomaron el tranvía de las Ventas. Conforme subían por la calle de Alcalá, iba diciendo el escritor:

—Mala impresión vas á sacar de este

viaje por los alrededores de Madrid, llamado irónicamente corte de los milagros, ya que aquí el que vive es solamente de milagro. ¡Ya verás cuánta miseria! ¡Ya verás cuánta barbarie! Y como tú, chiquilla, hay mucha gente que no conoce su pueblo.

—Pues ese es mi deseo, verlo todo, conocerlo todo.

—Descuida, mujer. Vas á palpar la mala vida, las calamidades, la miseria, la explotación, el vicio, las injusticias. ¡Verás qué pena! ¡Verás cuánta crueldad!

Por la ancha vía pasaban los entierros, seguidos, lentos, indiferentes junto al río humano que se desbordaba cara al sol de invierno. En la plaza de Manuel Becerra, antes llamada de la Alegría, parábanse los fúnebres cortejos para despedir el duelo. Vistos desde lejos, aquellos hombres que se destoca-

ban y estrechaban las manos de la presidencia, parecían muñecos movidos por un mismo resorte. Los coches y ómnibus que servían para llevar el público á los toros, llenábanse de gente que continuaba acompañando á los muertos hasta el cementerio. Y los mayorales que un día gritaban: «¡Eh, á la plaza, á la plaza!», voceaban ahora: «¡Al Este, al Este!».

La serie interminable de carrozas funerarias, cruzaba por el puente entre la música de los organillos, el estruendo de los menestrales y los pregones de los vendedores. Aquellas carrozas eran pobres, destartaladas, descoloridas, como los penachos de los caballos, unos caballos delgaduchos y cansinos. Por el tamaño de las cajas, sabíase que la mayoría de los muertos eran niños inocentes, criaturitas que hallaron cerradas las puertas de la vida, angelitos que vo-

laban al cielo después de desgarrar el corazón de sus padres. Y sonaban, se confundían los sones cascabeleros de los pianos. Y la juventud bailaba con entusiasmo. Y todos comían y bebían con deleite. Y el sol lo caldeaba todo.

—¿Tú ves esta gente?—le preguntaba Luis á su compañera—. Cualquiera dirá que son felices. Pues no lo son. Para darse este placer, han estado sin comer toda la semana. Beben por beber, acaso para que sus fuerzas no decaigan por completo. Comen ahora á dos carrillos y sin embargo morirán mañana extenuados. Parece mentira y ello es verdad. ¿Ves esa criaturita que devora la naranja? Pues aquí cerca, en un tejar, está todo el día cargando esportillas. ¿Ves esas chiquillas que van bailando juntas? La que menos ha tenido un par de hijos. ¿Ves esa mujer que vuelve la cabeza para no escuchar lo que aquel

soldado le dice á la mocita? Es la madre de esa mocita y de aquella otra que está sentada junto al camarero. ¿De qué dirás que viven los cuatro hijos de esa mujer? De lo que las hermanitas sacan á los puntos de baile. Mira, mira aquel abuelete que rebusca los desperdicios de las meriendas. De aquí saldrá el crimen que mañana relatarán los periódicos. Alguno de estos bigardos vestirá el traje de luces. ¿Que por qué corre la gente? Porque aquel hombre de la blusa blanca está dando de bofetadas á una indefensa mujer.

En tanto, recorrían el barranco de las Ventas del Espíritu Santo. A la derecha, el merendero de «La villa de Madrid», con un gran jardín. Al opuesto lado, junto á la parada del tranvía de Ciudad Lineal, los modernos columpios en forma de góndola y varillas doradas. Más abajo, «La Gloriosa», los antiguos

«Andaluces» y otros chiscones análogos, amén de más columpios y caballitos. Bajo el puente, en el cauce seco, hombres ordinarios jugando á la barra y á la rana. Encima, puestos de escabeche, de lomo y gallinejas, de chorizos y cabezas de carnero. Al final, las famosas tortas, tabernas y tiendas de comestibles.

Estos merenderos son tristes. Pasa frente á ellos la muerte. Su público es un público grosero y relajado. En el aire hay un hedor insoportable. Desde las mesas pintadas de verde se divisa el campo yermo y en el horizonte las tapias y las cruces del cementerio. Debajo del salón de baile se ven descaradamente las camas de los reservados.

Todos los merenderos eran lóbregos y míseros. Por la techumbre entraba el agua y se colaba el viento. Las cadenetas de papel estaban descoloridas y em-

polvadas. Los pianos eran el desecho de las fábricas.

Y los coches fúnebres pasando, pasando en una fila interminable.

Otra tarde la dedicaron á recorrer las casas de vecindad que no tienen agua ni retretes. Luis aseguraba que en ciento veinte casas del distrito de la Inclusa se cobijaban 55.000 personas. En el número 37 de la Ronda de Segovia, vivían 765 vecinos; en el 32 del Pacífico, 320; en el 11 de la citada Ronda de Segovia, 493; y en la calle de Méndez Alvaro, número 16, se aglomeraban nada menos que 625 almas.

Juntamente con esas casas se confundían las chozas levantadas entre vertederos y muladares. Y visitaron *La Elipa*, *Casablanca*, *Casa del Cabrero*, *Perico el Gordo*, el tejar de *Sixto* y las *Injurias*.

No se olvidaron del *Hotel de la Tina-*

ja, en el barranco de la montaña del Príncipe Pío, horno que fué de una fábrica de vidrio y loza.

Pero no necesitaban salir tan lejos para contemplar muestras de miseria y abandono. Las calles del Ferrocarril y Ercilla, de la Arganzuela y Rosario, del Labrador y Peña de Francia, tenían casas de esas. Y lo mismo las calles del Peñón y Rodas, de la Ventosa y Tribulete, cuyo patio más grande medía metro y medio.

También bajaron al Canal á conocer los húngaros que vivían con los gitanos. Estos vagabundos nacían á la sombra de un árbol ó en el mismo carro que constituía toda su casa y ajuar. Las crías de estas tribus errantes encontraban en derredor la más espantosa miseria. Las madres llevaban á sus hijos siempre á la espalda, entre pingajos. Cuando los niños andaban solos, aqué-

llas se desentendían de ellos, por la imperiosa necesidad del trabajo y de la busca del mendrugo, caminando todo el día por las calles cortesanas. Las hermanas, unas hermanas que cada una era de un padre distinto, cuidaban del niño y le castigaban cuando no se sometía á sus mandatos. Ellas le enseñaban á bailar, y si era niña á decir la buenaventura. Esta gente no conocía el bautismo ni tenía ninguna creencia religiosa. Cuando era un poco mayor, dedicábase á la busca de estiércol y robaba lo que podía. Apenas llegado á la pubertad, se casaba. Y todos juntos, padres é hijos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, se hacinaban y dormían jadeantes y embrutecidos entre los caballos y los burros.

Las riñas eran frecuentes entre ellos.

Por lo general, la hembra vagabunda era hermosa y de su belleza se servían algunos pintores.

Casi todos estos tipos nacían artistas; tocaban admirablemente la guitarra y el acordeón, y eran hábiles en el manejo de la pandereta y las castañuelas. Ellos habían implantado el célebre *garrotín* y otros bailes análogos.

Por el buen tiempo hacían su aparición acompañados de un oso ó de una mona atados con una cadena. Zurraban el pandero y divertían á las gentes con los bailes y saltos mortales que daban los hambrientos y viejos animalitos.

Pasada la puerta de Toledo, hacia el paseo Imperial, entraron en una taberna inmunda donde se albergaba la malvivencia. Allí se proyectaba el robo y el crimen, el timo y el adulterio. Las prostitutas tomaban también parte en los planes y no pocas veces servían de

intermediarias en las churrerías y en los salones de baile.

Las churrerías eran antesala de la más profunda brujería. A ellas acudían las pitonisas que de modo tan admirable sacaban los cuartos á los cándidos que las consultaban. En esas churrerías vieron preparar pócimas y enjuagues que ocultamente se administraban á los enemigos ó á los amantes desdeñados.

Hicieron alto en los cafés cantantes y en los similares de camareras, donde la entrada era gratis.

Con una libertad asombrosa, esos cafés funcionaban de día y en pleno centro de la capital.

A estos sitios iban los obreros con su novia, para que aprendiera á prostituirse. Las mujeres que en ellos servían eran el desperdicio de las mancebías. Acudían también algunas chicas de oficio, con sus madres. El escándalo era

enorme. Las disputas abundaban. Las botellas y las sillas danzaban frecuentemente por el aire.

Por plazuelas y calles apartadas, por los campamentos de Vallehermoso y las Acacias, analizaron otros productos de la degeneración social, como lañadores y chalanes, copleros y narradores de crímenes, curanderos y santeros. Vieron á esta golfería alimentarse de desperdicios, de lagartos, de ratas y de gatos, alternando con el rancho de los cuarteles.

Y al lado de éstos, más rufianes: chulos de tabernas y chirlatas, matuteros, corredores de alhajas y *ganchos* de las casas de juego.

La población jornalera se moría de hambre, por falta de trabajo. Y, sin embargo, en Madrid había mucho que reformar. Una plaza, una gran plaza central estaba haciendo falta. La Puerta del

Sol era pequeña para las necesidades de la vida moderna. En cambio, tenía bastantes cercas, de las que no se aprovechaba para nada. Nadie se atrevía á tocar el proyecto de una gran vía desde Amaniel á la puerta de Toledo. Ningún alcalde se había ocupado de sanear las viviendas de los pobres, de garantizar la salud, ni de embellecer la capital. Ninguno tampoco había pensado en rebajar los alquileres, en abaratar la vida. Los nombres absurdos de las calles y la repetición de los números de las casas, era otra de las cosas que había que reformar. ¿Cuando se ajardinaban las Vistillas? Los cementerios eran un atentado contra la salubridad; en manos de asociaciones industriales, no se atendía más que al interés del negocio.

Las clases humildes, la misma clase media, vivía del préstamo. Por todas partes escasez de trabajo. Después, las

malditas enfermedades. Falta absoluta de pan en muchas familias. La juventud, anémica y extenuada.

Visitaron las casas de dormir. En una habitación pequeña y baja de techo, una docena de camas donde se hacinaban gentes de mala catadura. No había ventilación. Para llegar á esos tugurios era menester atravesar varios pasillos y bajar tierra adentro.

Los barrios bajos eran como un estercolero que estuviera tapado.

Cesantes y mendigos, golfos y ladrones, se aglomeraban en las casas de dormir.

La mayor parte de la gente vivía de milagro.

Con ocho y diez reales cubrían su presupuesto muchas familias.

Hasta que se lo dijo Luis, Manolita no sabía que los barrenderos tenían que pagarse las escobas, desperfectos en

el material, y hasta el traje, cobrado con exceso.

Ni tampoco que los cocheros tenían que pagar los enseres para la limpieza, luz de los faroles, grasa, roturas y muchas más cosas.

Los zapateros estaban casi todos enfermos del pecho y se acostaban muchas noches sin probar alimento.

Las cordoneras eran otras víctimas. Tarea á destajo, con una ganancia mezquina.

Los peones, esos hombres que manejan el pico ó la azada, el martillo ó la palanqueta, se contentaban con seis reales ganados de sol á sol.

Trabajo muy insano también era el de las planchadoras. Su faena alcanzaba una jornada de catorce horas. Ganaban seis reales de oficialas, y diez céntimos por camisa cuando trabajaban a destajo. Lavaban por su cuenta las pren-

das mal planchadas y pagaban las que se inutilizaban.

Manolita palpó la vida madrileña y por todas partes encontró miseria, miseria y miseria. No había más. En sus garras caían á millares los ancianos, las mujeres y los niños. Madrid era uno de los pueblos más necesitados. Los engendros de la mala vida contribuían á que Madrid tuviera la primacía en la degeneración social. Las impurezas del arroyo se agitaban constantemente bajo el manto degradante del matonismo. Los suburbios y los antros vergonzosos espantaban á cualquiera.

El examen detenido de todo esto produjo no poca pesadumbre en el ánimo de Manolita, quien dijo á su amante:

—Vámonos, vámonos lejos de Madrid. Tú y yo seremos muy felices viviendo en el campo, en un pueblecillo tranquilo. Yo he soñado muchas veces

con los encantos de un pueblo de pastores. Allí podías escribir tu mejor libro y recobraría yo la salud que me falta. Y allí nos casaríamos. Y allí... quizás cambiando de aires... allí... bien puede ser que tengamos un hijo...

IX

Con una independencia absoluta, nuestros personajes se ausentaron de Madrid, fijando su residencia en un pueblecito de Castilla la Vieja.

En la sala de visitas del Círculo de la Unión Mercantil—aquel rinconcito del piso entresuelo que da á la Carrera de San Jerónimo—, Luis se entrevistó con Rafael Carrascosa y obtuvo cartas y apuntes de su íntimo amigo Lorenzo, las cuales le sirvieron de base para escribir la novela que tenía pensada.

—Quiero escribir una novela que no se parezca á ninguna—confesó Luis—.

Una novela sin plan, sin asunto determinado. Una novela que será un trozo de vida, de la vida mía, recordando mis primitivas andanzas por los escenarios, bosquejando mis primeros amores, mis viajes, mi encuentro con Manolita, estas entrevistas y el sosiego de la aldea. Un libro que no tenga nada de particular y, sin embargo, diga mucho á los que han seguido la misma senda que yo.

Como lo pensó lo hizo, emborronando cuartillas á la sombra de los pinos salutíferos, aquellos pinos que cabeceaban majestuosos, levantando sus copas al cielo.

En un mundo distinto parecíales vivir. Luis escribía con suma facilidad. Manolita recobraba la salud. Nada les atormentaba. Eran felices.

Con harta frecuencia, ya escondido el sol tras las altas cresterías de la sierra, observaban á los resineros. Ennegreci-

dos, sudorosos y medio desnudos, marchaban con las cubas á cuestas, para desocuparlas en las barricas y en los pozos de la fábrica. Su trajín era de bestias. Su faena resultaba brutal. Por añadidura, carecían de familia, de casa, de cariño. Al amanecer comenzaba su martirio. En el pinar permanecían dos y tres semanas. Ni tiempo tenían para bajar al pueblo y oir misa. Envejecidos, jadeantes, temblorosos y encorvados, caían rendidos, sin consuelo de nadie. Los otros mozos del pueblo rasgueaban las guitarras, sabían rondar á las mozucas y partirse por ellas el corazón.

Desde lejos, la fábrica parecía una finca de recreo. Desde cerca, un lugar donde los trabajadores agonizaban lentamente.

En pabellones donde el vaho pegajoso de la clorofonia producía náuseas, agotábanse unos cuantos obreros.

Eran débiles y por eso se hacinaban en los talleres, y tostaban sus carnes, y abrasaban sus ojos, unos ojos apagados, sin luz, cansinos.

Grande y musculoso resultaba el esfuerzo de los mozalbetes que con enormes palas revolvían en los pozos la resina virgen.

El fogonero, esclavo del carbón, estaba constantemente aspirando el polvillo asesino que hería sus pulmones.

El maquinista, atento á todas las esferas de la máquina, resistía una temperatura altísima, mientras la volatilización se ejecutaba á una presión de seis atmósferas.

Los amasadores, revolviendo la clorofonia encendida, para no dejarla hacer pasta.

Los peones que desocupaban las latas en los platillos del secadero.

Los que á martillazos rompían la re-

sina prima, para volcarla de nuevo en el horno, á mayor presión.

Los que recogían las materias restantes.

Todos, en fin, trabajaban con rudeza formidable.

Luis acostumbraba á escribir casi siempre en la corraliza que se extendía á espaldas de la ermita; un recinto sombreado por corpulentos álamos. El suelo estaba alfombrado con malvas, margaritas y amapolas. Los pájaros volaban desde la hierba á las copas de los árboles. Una gallina roja y rechoncha, rodeada de nueve ó diez polluelos, escarbaba á cada momento y cacareaba agudamente.

La ermita era pequeña, de paredes muy blancas, encarnado tejadillo y negruzco alero donde anidaban los jilgueros, constantemente perseguidos por los tiradores de los muchachos. La cúpula,

diminuta, de hojalata, con una veleta inmóvil y rota. El campanario era una sola pared, de piedra, con los extremos curvados, estrecho en la parte superior, con tres huecos, donde estaban colgadas otras tantas campanas, y rematado por tres macizas bolas de piedra. En el ábside, una ventana grande, con vidrieras encarnadas, guarecida por una reja de gruesos barrotes, y una cruz encima.

Desde allí se abarcaba bien el paisaje. A la derecha, los hoteles veraniegos, la larga fila de cómodas viviendas, las casas de los ricos: espaciosas, de moderna construcción, con jardín, con toldos, con balcones y ventanas abiertas de par en par, por donde entraban rayos de sol y ráfagas de aire puro, embalsamado con todos los aromas del monte.

Más á la derecha, la carretera, la lí-

nea blanca bordeada de pinos, quebrándose á cada momento y ocultándose á trechos entre los peñascales.

Al frente, las viviendas de los humildes, de los pobres, de los infelices trabajadores. Casucas pequeñas, sucias, faltas de ventilación y de luz.

Por la izquierda, veíanse los tejados de casi todo el pueblo.

Al final, un risco. Y delante, sobre una cima, el viejo convento.

A medida que subía el sol, la mañana tomaba vida. Las chimeneas escupían humo azulado. Un borrico rebuznaba en el robledal, mientras un pastor atravesaba el risco, cantando una copla que las ovejas acompañaban balando. Las mariposas revoloteaban en torno de las malvas y amapolas. Un buey que descansaba al pie de los álamos, mugía perezosamente. Por la carretera pasaban hombres cargados con cestas

de frutas y hortalizas; eran gentes de otros pueblos, que venían andando dos ó tres leguas para ganarse una peseta. Las lecheras, montadas en borricas ó yeguas, traían llenos los cántaros. Las tartanas corrían hacia la estación. El aire se cargaba de perfumes.

Desde la corraliza, Luis veía á la cuadrilla marchar pinar abajo, falta de energías.

Descalzas las chiquillas, colocaban la lata en la cadera, preparaban sus víveres, que consistían en dos panes y un poco de aceite, daban un adiós al pueblo y se unían con los resineros.

Y ocurría casi todos los años, que tan pronto como empezaban las faenas de la resina, la nieve cubría al pueblo como un sudario, enterrándolo, incomunicándolo.

Era entonces cuando había que hacer la tertulia en la cocina, en torno de

la hoguera, oyendo el quejido angustioso de los leños y el agudo silbar del viento, semejante á una maldición. Este viento huracanado abrasaba la piel y todo lo tumbaba, rugiendo imponente. La nieve caía presurosa, rápida, hecha agujas de cristal.

Pero después de esta calaverada de la Naturaleza, el cielo era de un azul más limpio; los montes amarilleaban como oro al beso del sol; los pinos arrogantes levantaban sus cabezotas verdes y redondas, dando al aire las exquisitas esencias de que hacían gala; los arroyos discurrían con puras y cristalinas aguas; las peñas se tapizaban de verdura; la brisa era suave; los árboles cubríanse de nuevas hojas; cantaban los pájaros. Y todo sonreía.

Luis y Manolita se cogían del brazo y echaban monte arriba, internándose en la sierra. Por caminos estrechos,

serpenteaban entre enormes rocas cenicientas. A medida que ascendían por los riscos, era más absoluto el silencio y más embalsamado el aire. Al principio de la excursión, llegaban á sus oídos golpes y ruidos confusos nacidos en el pueblo; luego, las esquilas del ganado; después, el cantar de un bando de perdices. Al final, nada se oía. La Naturaleza descansaba. La calma era augusta, majestuosa. Sólo de tarde en tarde el viento chocaba contra las redondas copas de los árboles; era un murmullo que al quebrarse en las piedras tenía ecos de risa juvenil.

Envueltos en la calma de la montaña, contemplaban el paisaje extenso, un paisaje cargado de tonalidades grises. En primer término, un arroyo que formaba múltiples cascadas de fantástica apariencia. Al fondo, grandes racimos de pinos cabeceando á impulsos del

viento; sus cabezas estaban envueltas en nubes pardas que se enredaban un instante entre las ramas para besarlas dulcemente y luego se elevaban poco á poco para unirse á otras tormentosas. A la derecha, la sierra con sus picachos recortados, muy salientes y llenos de nieve. A la izquierda, una cañada que se perdía entre robles.

Recostados sus cuerpos en una peña, cerraban los ojos y veían desfilar el entierro de Mary-Paz, la célebre cupletista que acababa de morir en Madrid. Leyendo la noticia en el periódico, Manolita tuvo un gesto de indignación. Luis musitó una breve oración. Identificaron más sus espíritus y hablaron de crear, de amarse eternamente.

Ligera llovizna los hizo levantar y emprender el regreso. Parecía más largo el camino. Las rocas se ennegrecían. El aire adquiría más perfumes. Enmu-

decieron el cantar de las perdices y el tin-tin de las esquilas. Llegaron al pueblo; habían cesado golpes y ruidos. Nada más tenía voz el agua, cayendo continua y presurosa para fecundar el campo.

X

Las fiestas del pueblo hicieron su aparición, con la magnificencia de costumbre. Se adornaron puertas y ventanas, el aire se perfumó con el humo del incienso, voltearon las campanas, sonó el tamboril, y la dulzaina alegró el espacio con sus chillonas notas.

Todo revivía al reventar de los cohetes y al fogonazo de los tiros. Personas y cosas adquirían nuevo aspecto. Lucían los hombres sus airosas blusas y sus anchos sombreros; las mujeres se ceñían el gordo refajón y cubrían sus cabezas con pañuelos de vivos colores.

Agitábanse las flores de los balcones. Los pájaros cantaban hasta ensordecer. Era más puro el aire; se despejaba el cielo; cegaban con sus destellos las piedras preciosas de la Custodia.

Con mesas hacíanse altares al aire libre, donde descansaba el divino Sacramento.

Levantábanse también arcos de acacias y pinos, enredábanse serpentinas entre los árboles, se adornaban los balcones con colgaduras y colchas, y se alfombraba el suelo con tomillo, salvia, romero y otras hierbas olorosas.

La procesión se componía de descoloridos estandartes y de imágenes pequeñas y mutiladas. Precedían los niños de las escuelas, con los pies descalzos y la boina en la mano; seguían las cofradías con cirios encendidos; después, gentes piadosas, hombres de todas edades; detrás, bajo palio, el cura, llevando respe-

tuosamente entre sus manos la rica Custodia; y al final, una muchedumbre multicolor, mujeres y niñas, con sus vestidos de tonos claros, refajos de vivos colores y pañuelos que contrastaban con las demás galas.

Momento de grandísima emoción, suntuoso y sublime, cuando la Hostia del Sacrificio descansaba sobre la mesa y todo el pueblo se hincaba de hinojos, y callaban las campanas, y enmudecían las notas de la dulzaina, y hasta los pájaros parecía que cerraban sus picos. En tal instante, sólo tenía voz el coro de niñas, exhalando una plegaria que hasta el corazón llegaba, con ecos de música celestial: un canto sacro que reavivaba la sangre, y provocaba lágrimas y embargaba el ánimo.

Duraba poco. La procesión seguía su rumbo. La gente repetía las últimas estrofas de la plegaria. La pólvora esta-

llaba estrepitosa. Por entre los hierros de una ventana asomaba el cañón de una escopeta: un tiro, dos, veinte. Y por encima de la mesa, como recuerdo de la visita del Señor, se difuminaba y subía al espacio una nube de incienso, á la que los rayos del sol convertían en púrpura.

En días sucesivos, otra vez la visión angustiosa de los resineros, sucios, chorreando sudor; con sus trajes azules, la boina echada atrás y la lata en la mano.

Los resineros agonizaban desapercibidamente, con el estómago vacío, el cerebro más vacío aún, la cama emporcada por la miseria, los músculos quebrantados por la penosa labor y la sangre anémica.

Pasaban los resineros como bestias famélicas, como rebaño esclavizado.

Casi de noche, cuando las estrellas se apagaban entre las gasas rosadas del

amanecer, comenzaba el martirio. Primero, á remasar, á desocupar los tiestos de los pinos sangrados; después, á buscar la carreta y llenar las barricas; luego, á la fábrica, para desocuparlas en los grandes pozos.

Alternando con estas y otras faenas, días de asueto, de música y toros. Bombo y platillos despertaban con sus broncos golpes á los más rezagados. El tamboril y la dulzaina vibrando sin cesar. A renglón seguido, volteo de campanas y reventar de cohetes. A la vez, unos titiriteros con acordeones. Luego, las trompetas de unos feriantes. Y para remate, los organillos desafinados. Música de día, música de noche, música por todos sitios.

Pasaron también estos días de aturdimiento y volvieron las cosas á su estado normal. Las chimeneas elevaron hacia el cielo sus columnas de humo

azulado. Los hombres enyugaron los bueyes á las carretas. Las ovejas balaban al trepar por los riscos. Los pinos cabeceaban á impulsos del viento, trayendo, con el suave silbar del mismo, rumores de besos. En el fondo del campo se levantaba airosa y recortada la montaña.

En las mañanas sucesivas sólo reinaron el sol y los pájaros. Los pulmones respiraban á sus anchas; el corazón se llenaba de entusiasmo; el cerebro concebía nuevas ideas. Luis escribía la novela que no supo escribir Lorenzo Suárez de Frías.

En compañía de lindas muchachas y excelentes amigos, continuaron haciendo excursiones de gratos recuerdos.

Mas sus relaciones íntimas iban constituyendo un delito para las gentes místicas de la aldea, que no comprendían más amor que el que unía la bendición

del sacerdote. Por otra parte, Manolita deseaba hacía mucho tiempo esta santa unión. La chula madrileña se fué identificando con las mujercitas del pueblo, honestas y creyentes, y apeteció de todas veras fundar un hogar semejante al de ellas. Ya lucía los trapos y galas de las mozas rústicas; ya aprendió á ordeñar las vacas; ya sabía tejer guirnaldas de flores; ya gustaba mejor de este vivir tranquilo que no de aquel tan agitado de la corte. Y vistió el verde refajo y anudó á su cintura el pañuelo de ramo. Puso unas estampitas religiosas entre los platos de su cocina. Y bailó en el *rondón* la típica y característica danza de los pueblos castellanos.

Una vez avecindada, se casó. A su boda asistió todo el pueblo. Sus amigas la llenaron de colores y cintajos y ella se impuso el deber acostumbrado de invitar casa por casa á todos los vecinos.

Al baile concurrieron los mozos más ricos, bailaron con la novia y *espigaron* buenos cientos de duros. Tres días duró la boda, como era de ritual. Hasta la tercera noche no pudieron dormir juntos los esposos. Y fuera por lo que quisiera, Manolita tuvo aquella noche un cierto pudor que no había tenido en su cuartito madrileño de la calle de Santa Ana.

De casado, Luis siguió haciendo la misma vida que emprendió en el pueblo. Todas las tardes se internaba en el pinar, hasta llegar al asiento de costumbre. Su compañero era siempre un bastón en forma de garrota, con la contera en punta y acerada. Este amigo, á más de no obligarle á abrir la boca cuando no tenía gana de conversar, solía prestarle más servicios que los de carne y hueso.

¡Oh, los amigos desleales! Ellos le empujaron por mal camino y le gastaron la mitad de su fortuna. No más ami-

gos. Su mujer y sólo su mujer. Y un hijo, un hijo que no llegaba...

Sentado en el pinar, daba rienda suelta á sus pensamientos. El viento sacudía los verdosos brazos de los pinos, brazos que se alargaban de uno á otro árbol para formar red misteriosa á través de la cual se veía el cielo. Por esa red que musiqueaba como si quisiera adormecer á las criaturas, se metía el sol y caía sobre las cuartillas, en las que proyectábanse los hilos de la red, abrillantados al beso de la luz como si estuvieran llenos de rocío.

Se doblaban las cuartillas y tapaban lo escrito, como protestando de las tonterías que en ellas dejaba Luis. ¿Tonterías? ¿Y qué? Por algo había dicho que su novela sería distinta á las demás.

En el aire vibraban sonidos y voces que parecían entonar un himno á la vida. Y esos sonidos los recogía Luis

en las cuartillas, refiriendo el zumbido de los insectos, el canto de la chicharra, el ladrido del perro, el cencerreo de los bueyes, la conversación de unas muchachas, los gritos de un niño que salta.

Pasaba, corría un tren hacia Madrid, deslizándose por la pendiente. Luis no envidiaba á los viajeros que caminaban con rumbo á la ciudad que él había abandonado por instinto de conservación. Bien se encontraba nuestro hombre en aquellas alturas, libre de luchas y desengaños.

¡Manola! ¡Su Manola! ¡Manolita! En ella se recogía toda el alma de la madre Castilla. Castellana era en verdad. Y castellanamente pensaba. Cuando al trote del caballo se perdía por lo más espeso del monte, enfrontando peñas y salvando breñales, veíala delante de sus ojos como reina y señora del soberbio

paisaje que se ofrecía con toda grandeza.

El ánimo se enfurecía ante tal maravilla. En lo alto de las atalayas el ambiente era puro, el aire fresco y el sol acariciador.

Salían á recibirle los guardianes del monte, los eternos solitarios que vivían cerca de las nubes. El chozo era una pequeña casilla construída con piedras y jabugo. La puerta resultaba chica, como medio hombre. Había que entrar encorvado. Su interior, obscuro como un calabozo, estaba bien aprovechado. En un rincón, cinco ó seis maderos que servían de cama. En otro, cazuelas, pucheros y vasos. A la derecha, un hogar sin lumbre; parte arriba, en el techo, un agujero á modo de chimenea, por el que entraba un rayo de sol que se deshacía en polvo de oro sobre un espejo colgado en la pared. En una palomilla

de piedra, una tea apagada; al lado, un cántaro y un zurrón.

El atalayero atisbaba los montes de día y de noche, á cambio de seis reales ganados durante tres meses. El resto del año, á morirse de hambre con los suyos.

XI

Unos cohetes encendieron el espacio azul, rompiendo con su reventar bronco el silencio de la noche. Contestaron las campanas en lo alto de las torres, y en la tierra volvió á sonar la música y el canto de las criaturas.

Fiesta era otra vez; fiesta grande y solemne en honor de la Virgen de las Azucenas.

Con el reventar de los cohetes, el pueblo castellano desbordaba su alegría y su fe, dignas una y otra de admirar, porque ponía en ambas el corazón.

Bullía de un lado á otro la mocedad.

Parecían locos. Reían las mozas y respondían ellos con gritos.

Mareaba el estruendo. Y traía á la memoria de Luis recuerdos de su Madrid, del Madrid chulo y verbenero. Ráfagas de chulapería llevaban los organillos en sus notas timbradas. Esta música retozona despertó en su conciencia correrías por los barrios bajos y visitas á los escenarios. Pero su vida de hoy era la que le ofrecían el tamboril y la dulzaina.

Camino de la ermita, el gentío parecía un río de juventud y de belleza. Las lindas pueblerinas habían sacado los trapos nuevos, unos trapos que aunque antiguos siempre serían nuevos, y que olían á cantueso y membrillo. Luciéndolos iban por la carretera, limpias, airosas, atrayentes, exhalando perfumes penetrantes.

Seguían los cohetes haciendo luz en el negro de la noche, y las campanas

ponían armonía en el viento que bajaba de la montaña.

Soñadora era la noche y soñadora también la fiesta. Por eso la junventud proclamaba la vida y la vivía.

Aquella noche de la Virgen de las Azucenas, Luis llegó hasta un chozo de pastores. Ladraba un mastín y las ovejas al inquietarse hacían retintín con sus esquilas. En la misma abertura del chozo, al pie de unos zurrones, había una chiquilla trajeada á usanza del país. En el hato flotaba algo sobrenatural y bíblico. Los gañanes cuidaban á las ovejas con más mimo que á sus crías. Los perros lamían las manos de los hombres. Los corderillos jugaban con los perros. Desde allí se veían más estrellas. Había fuerte olor á leche. Una fuente cercana cantaba dulcemente en la paz del monte.

Entre los pastores pasó la noche Luis.

Y al clarear las primeras luces del alba, comió cebolla y un duro pedazo de la hogaza.

He aquí la vida envidiable, de paz, de santa fraternidad. Una vida muy lejos y muy por encima del mundo traicionero. Vida que gustaba á sus anchas el novelista.

Vivía la verdadera vida, una vida tan pura como el aire que iba por las cañadas, dando la salud á torrentes, igual que el agua adamantina en los despeñaderos.

Claro que aquel mundo no era el suyo, pero le confortaba y le atraía, como atraían á los ojos los desfiladeros umbríos que la retama perfumaba.

En cuartillas y más cuartillas recogía tanta ventura como derramaba la paz bendita que le emborrachaba con el mismo poder que lo hizo el sol de Madrid.

El paisaje y los sonidos eran una mo-

notonía, mas esta repetición resultaba delicada en la paz venerable que él sentía.

Un día y otro, siempre lo mismo, siempre igual. Pasaban las horas, pasaba todo, menos el dolor que el viento traía desde las casas humildes del pueblo.

Este dolor era lo único que perduraba después del trajín diario, con las huellas de las herraduras en los caminos y el último verso de cierta copla pícara.

Mirando al cielo, Luis veía el carro de la Noche avanzando en las negruras del espacio. Los dos caballos que de él tiraban levantaban una nube plata en las alturas. Guiando el carro, iba el Sueño con un gran cuerno repleto de aromas. El paso de la Noche era un triunfo de paz y de bienestar.

Callaron las esquilas del rezagado rebaño. En el poema virgiliano había una

pausa de resignación. Susurraba misteriosamente el viento. La luna asomaba su disco cárdeno entre dos nubes de ópalo. En las cumbres reflejábase un resplandor de incendio. El campo daba sus aromas más exquisitos.

En los muros de un santuario lucían farolillos verbenescos. La capilla estaba profusamente iluminada. Frente á ella alzábase, por los siglos de los siglos, una cruz de piedra que era veneranda. Junto á la cruz ardía la retama. Por encima de la hoguera saltaban varios muchachos, descalzos. Los que eran ángeles en la tierra, semejaban entre las llamas fantasmas demoniacos. Con el fuego entibiábase la frescura que venía de los prados. Al olor fuerte de las ramas que se quemaban, uníase el de la carne chamuscada.

A espaldas de la ermita, el amor juntaba á las criaturas.

Como esta noche serena, muchas más que la luna poetizaba. Los arroyos cantaban su sonata. Un perro aullaba ante la luna; un muchacho jugaba con los potes; unas mozas reían en la sombra.

Los pinos dijérase que eran más altos y más derechos. De tiempo en cuando caía una piña seca. Al encuentro de ellas acudían chicos y canes.

Había en el pinar un latido de vida salvaje.

Lejos, un noctámbulo caminante canturreaba con apasionamiento.

Después se hacía silencio. Del mundo no llegaba más que el trepidar de un tren.

Temeroso, Luis pensaba que pronto había él de seguir aquel mismo camino, pues que las tierras se preparaban para la sementera, y en las cumbres era invierno y la novela tocaba á su fin.

Mucho, mucho sentía abandonar las

alturas apacibles, donde tan á gusto vivía apartado de las gentes.

Temía, temía marchar al encuentro de amigos y compañeros que le brindarían una sonrisa, sin perjuicio de hablar mal de sus actos y de sus libros. La amarga ironía de los espíritus demoniacos que nada son ni nada producen.

¡Cuánto hubiera dado por aislarse completamente y no tener que volver á Madrid! Para él no había más encanto que el risco elevado de las Mercedes, sobre el cual, en los atardeceres del estío, Manolita imitaba á la princesa de Lamballe y Luis leía en alta voz sus libros predilectos.

La vesperada, tan querida por el escritor, marcó sorda pero elocuentemente el final de una vida. El crepúsculo fué alma de un descarnado emisario, emisario frío de la muerte, que se aga-

rró al corazón de Luis y lo paralizó en menos de dos minutos.

Un cabrero que pasaba á la sazón, entró en la casa y ayudó á tender el cadáver sobre la cama.

Manolita puso un beso en la boca entreabierta del esposo. Quiso llorar y no pudo. Ante lo inesperado del suceso, sus nervios se estremecieron. El pasado y el porvenir se confundieron ante sus ojos. Y se desvaneció en los brazos del cabrero.

El campesino de las manos cobrizas sufrió lo indecible sosteniendo el cuerpo convulso de la mujer, que parecía iba también á morir. A sus pies se abría el abismo sin fondo del más allá.

La campana de la ermita tocaba la oración.

Algunos campesinos que volvían de la faena, fueron entrando en la casa.

En la plaza, las niñas jugaban al co-

rro. La popular estrofa del hidalgo cicatero, venía hecha música:

«Una tarde salí al campo,
con el ay, con el ay, ay, ay,
con mi caballo trotón,
qué, qué,
con el loritín,
qué, qué,
con el loritón,
con mi caballo trotón.»

XII

Poco á poco fueron llegando las vecinas á la casa mortuoria. Profundamente consternada, Manolita las abrazaba á todas y tenía para ellas la misma frase de agradecimiento.

Los llantos y los gritos de aquellas mujeres apagaron el canto de las chiquillas que jugaban en la plaza.

Se llenaron las habitaciones, los rezos se confundían con los cuchicheos y los comentarios eran idénticos.

A otro día, unos hombres con anchos paveros y largas capas llevaron á Luis al cementerio. Las gentes ricas envia-

ron corderos, pan, natillas, chocolate, dulces, bizcochos y toda clase de regalos. Tal señal de duelo produjo á la viudita más hondo sentir.

Y á la noche siguiente, cuando se vió sola y lejos de su Madrid, tuvo un miedo horrible, hasta el punto de no meterse en la cama. Encendió una vela á la Virgen del Carmen, y en las sombras que la luz proyectaba veía el cuerpo de Luis. Quería borrar de su imaginación la figura cadavérica y no podía; cerraba los ojos y no dejaba tampoco de verla. Rezó, rezó mucho. Lloró, lloró más. Y así la sorprendió el alba.

Ni se hacía á la tremenda desgracia, ni se acomodaba á permanecer un momento más en la casa. Sentía miedo hasta de ella misma. Desde Madrid llegaban voces misteriosas de amigas que la llamaban. Pagó los primeros gastos. Puso en un bolso algunos papeles y di-

nero. Dejó las llaves al ama del cura. Y se metió en el tren.

Cuando sus piececitos majos pisaron las calles cortesanas, la noche descorría el manto de estrellas. En un puesto de café calentó su estómago, mientras sobre el boscaje del Campo del Moro veía amarillear el cielo. La mole de Palacio parecía más inmensa entre las sombras del amanecer. Los serenos apagaban sus linternas y se retiraban á descansar. Las gentes maleantes buscaban refugio donde esconder el pecado. Como seres fantásticos salían de las alcantarillas los poceros. Los golfos se desperezaban á trompazos. Los cocheros abandonaban su parada. Fijaban las churreras el puestecillo de tijera. Los mangueros regaban á sus anchas. Y en el horizonte se dibujaba una faja de oro.

Con el nacimiento del nuevo día se animaba el pintoresco tráfago de la villa.

Llegaban los carritos de los traperos, tirados por un borriquillo. Las parejas de guardias verificaban el relevo. Cruzaban las vendedoras de los mercados. Iban á sus talleres los obreros. Algunos repartidores de pan pasaban con el cesto á la cabeza. Cargados de frutas y hortalizas, entraban los carros que venían de los pueblos cercanos, y lo mismo las carretas llenas de carbón y retama, arrastradas por bueyes. Corría el jaco de los vaqueros con los cántaros de leche. La campanilla del carro de la basura llamaba á las porteras, que sacaban las latas y las espuertas repletas de desperdicios. Comenzaba el barrido y el baldeo de las aceras. Los establecimientos abrían sus puertas. Sonaba el esquileo de las burras de leche. Aparecían los repartidores de periódicos. En los balcones se ponían las ropas de cama y desde ellos se sacudían las

esteras y los colchones. Voceaban los traperos y las churreras ambulantes, á la vez que los golfetes pregonaban los diarios. Y madrugaban también las lindas modistillas, muy peinadas y acicaladas.

Era temprano para ir á casa de la maestra; el salón de peinar no se abría hasta las nueve. Ambuló por la calle de Toledo; llegó hacia la Fuentecilla; atravesó por Calatrava y entró en la nueva iglesia de la Paloma. En el atrio, se encontró con la gorda y enlutada mujer que cobraba las sillas y repartía unas hojas impresas. Charlaron un instante y se dieron un apretón de manos. Hincada de rodillas ante el altar mayor, rezó mucho, mucho, y habló mentalmente con su Virgencita, aquella Virgencita del cuadro que no sólo no había permitido la ofrenda de un hijo de su carne, sino que tampoco dió lugar á que

Luis viniera á Madrid con el hijo de su espíritu. Pidió consuelo para sus desdichas, y antes de abandonar el templo visitó el altar de San Antonio y se postró de hinojos á los pies del Cristo de la Misericordia.

Luego acercóse á la vieja capillita que enfronta con la calle de la Solana, triste y cerrada, cuyos bancos de piedra tenían para ella muy gratos recuerdos. Unas gallinas picoteaban entre las losas de la lonja.

Torció por la calle del Aguila, atravesó otras varias y dió con la de la Esgrima. Tuvo un momento de duda antes de penetrar en el salón. Se puso temblona y aturdida. Por fin se dominó, y pasando al establecimiento echóse en brazos de la maestra, que se los tendió generosa, exclamando:

—¡Pero hija!... ¿Eres tú?

La viudita lloró con largueza, refirió

escuetamente su infortunio y la mala noticia corrió ligera por todo el barrio, llenándose el salón de vecinas curiosas y comadres parlanchinas que comentaban en alta voz lo sucedido en la aldea castellana.

Siguió Manolita llorando su desventura, á medida que las comadres investigaban y preguntaban por los más insignificantes detalles. Las más viejas y más pícaras murmuraron maliciosamente; las más jóvenes pensaron altamente en sus honras.

Una vez que se aposentó en casa de la maestra, lugar donde vivió los mejores días de su niñez, empezó á notar cierto alivio en el desconsuelo que la mortificaba. Ya dormía con algún sosiego, se alimentaba con mejor gana y apartaba poco á poco de su pensamiento la trágica escena de la tarde doliente.

El Madrid jacarero reñía con las penas de los melancólicos. Todo él se revolvía en fiestas verbeneras de estruendo y algarada, con iluminaciones, gallardetes, música y baile, mujerío y trapos, alternando con los cohetes y la limonada.

Con las primeras noches caliginosas se inauguraron las tertulias en la calle.

Manolita tuvo forzosamente que participar de estos espectáculos, y escuchar más de cuatro requiebros y soportar no pocas proposiciones, por entero desatendidas, ya que de común acuerdo con el cuñado de la maestra y su mujer, tenían proyectado instalar un *tupi* con el dinero de la viuda y ponerse aquél al frente del negocio. A tal fin tomaron un local en la calle del Mesón de Paredes, y mientras se hacía la instalación del pequeño café, Manolita volvió á la aldea, ultimó el asunto de la casa, ven-

dió algunos muebles, pagó todas las cuentas pendientes, colocó una lápida en la sepultura de su marido y se despidió del pueblo, acaso para no verle nunca...

XIII

El *tupi* era bastante amplio; las paredes estaban forradas de papel encarnado y decoradas con grandes espejos. Enfrente del mostrador había un piano eléctrico que mareaba con su música incesante. Unos divanes, rojos también, corrían por detrás de las mesas. En los divanes se revolcaban unos hombres ordinariazos que fumaban mucho, bebían más y escupían continuamente en el suelo. Por la noche, ya mediada, concurrían mujeres de mala vida y chulos de poca confianza.

Con los obreros alternaban algunos torerillos y soldados.

Los domingos acudían unos cuantos señoritos calaveras, en unión de modistas y doncellas.

A veces entraban los desvalidos del arroyo á calentar su estómago con una taza de café.

Seres emporcados por el vicio, también disfrutaban del *tupi*, en tanto que sus hijos se retorcían en un camastro acosados por el hambre.

Desde un principio se dió bien el negocio, pero sólo para el hampón que lo tanteaba, que era quien se quedaba con casi toda la ganancia, entregando á Manolita unos cuantos duros que apenas la alcanzaban para comer, á cambio de cuentas y recibos aumentados y falsificados por el socio industrial.

A las quejas de la viuda, justificadas con el público numeroso que llenaba de día y de noche el café, y las escasas pesetas que recibía, el cuñado

de la maestra respondió con unas parrillas puestas en la puerta, para freir pescado y chuletas.

Las parrillas fueron más pródigas que aquel mal hombre y vinieron á aumentar la venta de cerveza y licores. De tal prosperidad participaron la mujer y los hijos, vistiendo como nunca habían vestido, mudándose de casa y ahorrando algunos miles de reales. Mientras, la viuda no podía permitirse nigún exceso, atendiendo á sus necesidades.

Protestó nuevamente la mártir y el defensor de sus intereses ideó un billar en la trastienda y unos cuartitos reservados en el entresuelo, con entrada independiente por el portal.

Apenas se supo lo de los cuartos en el entresuelo, el cancel abríase sin cesar, impulsado por infinitas parejas amorosas que hacían un alto en su viaje de novios.

La atmósfera del *tupi* era espesa y

azulada, enrarecida y pegajosa, envolviendo los objetos, enturbiando la vista, atrofiando el olfato y cosquilleando la garganta.

La charla de los concurrentes era grosera y acalorada.

Codeándose con semejantes impurezas, veíase muchas tardes á Manolita, hermosa y atrayente dentro de su ropa negra, despreciando requerimientos y proposiciones más ó menos ventajosas.

Lanzaba el piano las notas cadenciosas de un tango popular y la pobre mujer enlutada ponía unas lágrimas en sus mejillas, quizás recordando al muerto.

Una pieza, otra, otra; un musiquear constante. El público voceando y sonando los platillos. Y la noche avanzando al compás del reloj. Las horas son de ventura para muchos; de tristes recuerdos para la mujer que solloza en la

trastienda, buena y valiente ante su desgracia y sus pocos años.

Codiciada por todos los parroquianos, acaso hubiera gustado días de felicidad y calma. Pero ella se contentaba con no carecer de la comida indispensable y del humilde cuartito que la cedía su maestra.

Reían, reían las gentes del *tupi*, sin acordarse de su miseria ni de su barbarie. Algunos bebían hasta embriagarse. Otros proyectaban el robo ó el crimen. Viejos astrosos sobaban y pellizcaban á muchachitas sin cuerpo de mujer. Algunos obreros entraban con sus hijos escrofulosos y los hacían apurar las copas de aguardiente. Muchos de ellos blasfemaban. Y se quedaban dormidos sobre las mesas chupando la colilla del cigarro. Y el piano tocaba, tocaba hasta levantar dolor de cabeza.

Volaban las mañanas, corrían las tar-

des, pasaban las noches. El piano dando pródigo su música. Los maleantes refugiándose en los divanes. Allí se sentó durante muchos días el relojero que degolló á su amante en la calle de Juanelo. Allí gritaba una verdulera, á raíz del crimen:

—¡Valiente, valiente! ¡Así debían ser tóos los hombres!

Y por allí anduvo Miguel «el Carnicerito», un mozo guapo y bien plantado, que desde el mostrador de la carnicería de su padre, dió un salto y se puso á matar novillos por esos pueblos de Dios.

A Miguel le hablaron de la viuda, le contaron su historia y sintió vivos deseos de conocer á aquella mujer.

No sólo consiguió fácilmente entrevistarse con la dueña del bar, sino que simpatizaron mutuamente; aún más, llegaron á intimar.

¿Que cómo fué? Siendo; como son siempre estas cosas. La mujer se mostró

sincera en un dulce momento de conversación; el hombre acertó á poner en su charla unas frases que parecían arrancadas del corazón, y las almas soñaron y se entendieron inmediatamente.

A los pocos días, Miguel escuchaba de los propios labios de Manolita más de lo que le habían adelantado. Le dijo que conservaba algunos papeles y un libro inédito de su marido. Confesó «el Carnicerito» su gusto en leer aquellos papeles, y Manolita se los entregó.

Cuando entusiasmado con la lectura de la novela, el novillero se presentó en el bar, dijo ingenuamente á su dueña:

—O su marido me oyó alguna vez hablar en serio, ó yo pienso lo mismo que pensaba su marido. No parece sino que este libro ha sido escrito por mí. Bueno, ya sé que yo no tengo talento para escribir, pero si lo tuviera no se me habría ocurrido otra cosa. Con esto, quie-

ro darla á usté á entender que si es gustosa en confiarse y en guiarse de un hombre que se le parezca en todo al otro, aquí tiene usté al hijo de mi papá, Miguel Sánchez «el Carnicerito», que está dispuesto á suprimir el alias y quedarse sólo con Miguel á secas, para no volverse á acordar jamás de los toros y ponerse al frente del negocio y trabajar con usté honradamente.

Hubo una pausa de incertidumbre. Miguel preguntó:

—¿Qué? ¿Hace, ó no hace?

Y suspirando con angustia, Manolita respondió:

—¡Ay! Hace, hace mucho tiempo que estoy deseando tropezar con un hombre de ley que me ayude á conservar el dinero que da el negocio, y que se está chupando ese tío sinvergüenza. Que maldita sea la hora en que hablé de este asunto con mi maestra y lo traje aquí conmigo.

—A usté sólo corresponde pensar bien lo que yo propongo y decidirse ó no, si es que la conviene. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Pero cree usté que será tan fácil convencer á ese tirano y que se conformará con volver á la miseria?

—No tendrá más remedio.

—¿Cómo?

—Tomando la puerta y dejándola á usté en paz.

—Difícil lo veo.

—Y quizás sea verdá, pero ya digo que eso es cuenta mía. A usté sólo toca decir sí ó no.

—¡Miguel!

—¿Qué?

—Me pone usté en un aprieto. Yo, la verdá, como simpático, sí que me lo ha sido usté desde el primer día que pisó esta casa. Quererle, vamos, yo no diré que le quiera talmente, porque hace

poco tiempo que nos conocemos, pero que le tengo afecto, como el sol. Ahora, que de esto á lo que usté pretende, hay un rato. Y no es que á mí me asuste ningún hombre ni que yo tenga que tapar ninguna falta, pero las habladurías... las malas lenguas...

—Eso es cuestión del tiempo. A la larga todo se allana, todo se descubre y todo se olvida. El tiempo es la mejor prueba.

—Dice usté bien. Quien bien se conduce, lleva por delante la ventaja de que sus acciones le defienden siempre. Aunque si bien se mira, mi situación es muy comprometida.

—Precisamente por eso, por su situación y por lo que la gente murmura, es necesario que demos la cara y podamos querernos á la vista de todo el mundo.

—¡Miguel!

—Sí, querernos mucho, ¡mucho! Pién-

selo usté bien y luego me contesta sin miedo.

—¿Se va usté?

—Me voy, para dejarla más sosegá y con entera libertá. A la noche volveré á por la contestación, y, ya digo, piénselo usté bien, piénselo usté bien.

Bien ó mal, Manolita lo tenía pensado hacía varios días, pero le faltaba hallar la ocasión de hablar con el hombre que la explotaba y resolver lo más amistosa y pacíficamente el problema planteado por «el Carnicerito», quien llegó hasta la plaza del Progreso, parándose en un corro de curiosos que escuchaban á los ciegos trovadores aquella canción puesta en moda:

«Cuando bailo con mi novio
en alguna romería,
siento que por todo el cuerpo
me rebosa la alegría.»

Eran los ciegos los mismos de siem-

pre, los que año tras año venían propagando entre el pueblo los cantos populares. El hombrón anguloso, picado de viruela, casi afónico, que escupía sin cesar; el viejecillo de faz broncínea y grandes orejas; y el otro, tuerto, con sombrero andaluz y española capa, que movía nerviosamente la cabeza cuando cantaba.

También la gente era la misma. Chiquillos, vagabundos, aprendices, recaderos, criadas, soldados, vagos, mozos de cordel, pobres, vendedores ambulantes y busconas.

Un mozallón con cara de idiota, pegado al hombre de la capa, le miraba con pasión, con verdadero deleite; tenía sus ojos fijos en el tuerto jacarero, como en un ídolo; sonreía, se revolvía, se inquietaba á cada movimiento del admirado guitarrero; y ponía los ojos en blanco cuando los ciegos rompían á cantar:

«Niña, si vas á la fuente,
toma bien tus precauciones...»

Un hombre con blusa y alpargatas, preguntaba á un soldado:

—¿Sabe usté si ha salido Germán Alcaraz?

—Zí, zeñó—le respondía aquél—. Zalió mesmamente cuando yo.

—Pues no le veo. Me dijo que me esperaba aquí, y aguardándole estoy toa la tarde.

—Vaya uzté á la plaza Mayor, que allí estará de zeguro.

Una doncellita de satinada cara y ojos verdes, se encaraba retadora con un chulillo y le decía:

—¡Vamos, hijo! ¿Has parecido ya? ¡Ni el gordo de la lotería!

—¿Oye, dónde estás ahora?

—¿No lo ves? En la plaza del Progreso.

—Si digo que dónde estás sirviendo.

—¿Pa qué lo quieres saber? ¿Pa que

pierdas las señas otra vez? Anda, hombre, anda, que creí que te habías muerto.

Y empujándolo con el codo le apartó del grupo, y muy pegados el uno al otro se metieron por la calle de la Espada.

Un baboso con las manos y la cara tiznada, mofábase de todo y de todos, con gran contento y aplausos de tres pícaros más que le acompañaban.

Otro bigardo burlábase de cierta desgraciada con la cara cubierta de polvos, un gabán que había sido de piel y toquilla á la cabeza. Y en alta voz, hacía las siguientes preguntas y exclamaciones:

—¡Anda Dios! La reina Guillermina disfrazá. ¿Verdá usté que este gabancito era de Isabel II? ¿Pues y los zapatos? ¡Ya los quisiera la Pastora Imperio! ¡Cómo! ¿Qué? No vayan ustés á figurarse que es cualquier cosa, no, que acaba de salir de las Ursulinas.

La desventurada mujer se marchó cabizbaja y seguida de unos cuantos muchachos que la atormentaban con insultos y silbidos. Promovióse ligera algazara que dispersó el grupo de curiosos. Callaron las guitarras y preguntó uno de los ciegos:

—¿Pero qué es eso? ¿Qué pasa?

Y el bigardo respondió:

—Un pellejo de breva que se me había pegado á los pies.

Por Puerta Cerrada, las Cavas y otras calles del viejo Madrid, Miguel «el Carnicerito» ambuló largo rato, pensando en la triste condición de la mujer caída y en lo resbaladizo del plano inclinado en que socialmente se encontraba Manolita la viuda, la hermosa chulapa que se le había metido corazón adentro.

Las últimas palabras de la seductora hembra le habían arañado en lo más

íntimo de su sentir. Desde aquella hora, desde aquel mismo instante, él quería ser su defensor.

Cruzábanse en su camino guapas y castizas mujeres, algunas de ellas amigas y compañeras de noches verbeneras en los bailes de solar. A las risas juveniles y á los saludos provocativos de las chulapas, respondía él con un adiós seco ó con un ligero movimiento de cabeza. Miguel iba abstraído, pensando tan sólo en la dueña del bar, con quien hablaba mentalmente.

En el atardecer primaveral, tan bello, tan sonriente, tan madrileño, nada atraía el espíritu del torerillo, sino la desventura de la pobre viuda y la canallada del granuja que vivía á costa suya, á quien había que hablarle clarito y ponerle de patitas en la calle.

Ya en las puertas de los establecimientos iniciábanse las tertulias callejeras.

Las chiquillas jugueteaban en el arroyo, poniendo en sus voces chillonas las estrofas más sentidas de las legendarias canciones infantiles. En las fuentes públicas esperaban la vez criadas y mujeres del pueblo, adornando el diálogo con chistes y frases epigramáticas. Los vecinos desocupados salían á los balcones. En las esquinas se daban cita las parejas amorosas. Más abajo, otra rueda de niñas desgranaba las mismas canciones, con idéntico son.

Y Miguel, reconcentrado con sus pensamientos y en sus propios pensamientos, en un abandono singular del ánimo, caminaba á tontas y á locas.

En la calle del Nuncio subió á cenar con su amiga Joaquina, una camarera que fué del antiguo y desaparecido café de Naranjeros, que ahora se dedicaba á «negocios amorosos» y cedía gabinetes á sus íntimos.

Hablaron de mil cosas, pero claro está que dando preferencia al reciente amorío de Miguel hacia la viuda y de la resolución que había de tomar cerca del hombre que la explotaba, la cual quedó planeada de sobremesa.

Después, «el Carnicerito» volvió al bar y habló de nuevo con su dueña, insistiendo en el mismo tema:

—¡Manolita! ¡Manolita! Usté está muy mal sola y la vida es larga y perra. Yo tengo ya pensao lo que hemos de hacer.

—¿Sí?

—Pero muy pensao. Y ahora mismo le digo á ese mal bicho que mañana no se acuerde del establecimiento, porque en el establecimiento no manda nadie más que usté.

—¿Pero sabe usté bien lo que está diciendo?

—De sobra.

—¿Y no le asusta nada?

—Nada. ¿No ve usté que es mucho lo que yo la quiero?

—¿Más que yo á usté?

—¡Nena!

—¿Qué?

—Ven, acércate y á ver si aciertas á leer en mis ojos lo que no saben decirte mis labios. ¡Nena, nena mía! Si siempre me has parecido algo mío, de mi cuerpo y de mi sangre. ¡Si tenías que ser pa mí solo?

—Para ti, para ti, que aun cuando fuera de otro, tú serías el preferido.

—¡De otro!... ¿Has dicho de otro?

—De ti sola, Miguel.

—Entonces, ¿cómo puedes imaginar, cómo has dicho ser de otro? ¿Lo has sido ya? ¿Lo eres de ese hombre?

—Yo...

—No me lo niegues. Hora es esta de hablar muy claro.

—Por eso te hago esta confesión.

—Suya, ¿verdá?

—Hasta ahí llegaron sus ruindades, que bien pronto me lo propuso; pero yo, como si estuviera sorda. Y por eso se conoce que me engaña y me quita lo mío, á ver si cedo y me rindo.

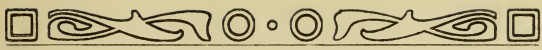
—¡Qué canalla! Ahora te quiero más, ¡mucho más! Y te defenderé por todos los medios, aunque sea matando á ese ladrón, si es preciso, pa librarte de las infamias que te rodean.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¿Cómo pagaré yo tanta caridá?

—¡Con tu cariño, na más que con tu cariño. Dime que me quieres y me basta.

—¡Te quiero! ¡¡Te amo!! ¡¡¡Te adoro!!!

Estas últimas palabras, pronunciadas con entera pasión, fueron mordidas, arrastradas, á flor de labio, muy quedas y silentes, como una oración.



XIV

Aquella misma noche, después de la hora señalada para cerrar el bar, Miguel y Manolita aguardaban á su adversario en la esquina de la calle de la Encomienda, por donde había de pasar.

Ya discutieron bastante en el establecimiento, del cual fué expulsado «el Carnicerito». Detrás del torero salió la viuda, despidiéndose para siempre del hombre que la engañaba. Y llorando más de rabia que de dolor, sintiendo que la vida se la iba detrás del hombre que

momentos antes habíala tendido los brazos, corrió en su busca y de su brazo ambuló bajo el manto misericordioso de la noche.

No se hizo esperar el otro, bien conocido en la soledad del sitio y del momento. La mujer se escondió, atisbando, en el negro quicio de un portal; el hombre quedó parado junto á la pared.

—¡Alto los valientes!

—¡Tú!

—Yo. Que la calle no tié amo y vamos á ver quién de los dos es el que sale de ella.

—Por fuerza estás borracho y quieres perderme. ¡Véte!

—¿Que me vaya? ¿También me echas de la calle?

—¡Véte, véte! ¿Qué quieres?

—Primero, escupirte en la cara, y después, pedirte cuenta de tu maldá.

—¿Qué dices?

—Menos de lo que tiés que oirme, ladrón.

—¿No callarás?

Aquí, el malvado dió una bofetada á Miguel, quien mordiéndose los labios avanzó con ira hacia su contrincante y le sujetó fuertemente los brazos, diciéndole:

—A mí, ningún hijo de mala madre me ha puesto la mano en la cara, y ahora te voy á pisar las tripas hasta que se te salgan por la boca.

—¡Suelta, cobarde!

—Antes te voy á machacar la cabeza.

Lejos se oyó una voz:

—¡Sereno!...

Los dos rivales forcejeaban y se comían con los ojos. Manolita permanecía en su escondite, sin perder detalle de la escena.

—¡Pero suelta!

—Eso quisieras, traidor.

—Ahora mismo.

—Yo soy más fuerte que tú.

Era cada vez más empeñada la lucha. La misma voz de antes gritó:

—¡Sereno!...

Por fin los hombres se separaron, y antes de volver á acometerse, ya el otro dió un salto, ganó terreno y por la espalda le dió varios golpes á Miguel, que cayó al suelo y gritó:

—¡Madre mía!... ¡Me han matao!...

Acercóse prontamente Manolita, mientras aquel hombre corría presuroso hacia la calle de la Esgrima, empuñando una navaja.

La voz monótona repetía:

—¡Sereno!...

Y como en el fondo de la calle brillara la linterna del guardián, la mujer tiró con rapidez del hombre caído, lo apoyó en el escalón de una tienda y preguntó convencida:

—¿Estás herido, verdá?

—Estoy medio muerto.

«El Carnicerito» palidecía y entornaba los ojos, dejando caer pesadamente la cabeza y los brazos. Manolita sostenía con dificultad al herido y se esforzaba por ponerlo en pie. Lejos de gritar ó seguir al criminal, muy en silencio ocultaba al desvalido torerillo, tirado como un pingajo sobre las losas de la calle. Tampoco «el Carnicerito» protestaba. Sus almas honradas acobardábanse ante el peligro, ante el temor de que interviniera la justicia y sus nombres se manchasen con la propaganda y el relato del crimen.

Una mujer que pasó junto á ellos exclamó en alta voz, bajando por el arroyo:

—¡Vaya una baba! ¡Qué asco de hombres!

Los otros no respondieron; entonces

sólo les interesaba salir de aquella violenta situación, dirigiéndose mutuamente preguntas sueltas:

—¿No hay un coche?

—¿Dónde te duele?

—¿Ves sangre?

—¿Pero no puedes andar?

—¿Y dónde vamos á ir?

—¿Quieres que avise á mi maestra?

—¿Quieres buscar un coche?

Sin duda, el hombre tenía alguna solución. Ambos estaban de acuerdo y no se movieron de allí hasta pasada media hora, en que Miguel reaccionó, y dándose cuenta—una vez libre del terror—de que la sangre no había salido al exterior, sino que tan sólo empapaba la camisa, púsose en pie, no con poco trabajo, y apoyándose en el brazo de Manolita emprendieron la marcha hacia la plaza del Progreso.

Por Duque de Alba desembocó casualmente un coche. En él se metieron, dando Miguel al cochero las señas de la casa de la calle del Nuncio, donde vivía su amiga Joaquina.

La viuda nada dijo, ni tampoco vaciló en subir á la casa aquella, una vez que llegaron acompañados del sereno, al que contaron una historia fabulosa. La dueña del hostal les franqueó inmediatamente la entrada, y con un afecto cordial ayudó á curar al herido, prestando de buen grado todos los ingredientes y cacharros que él mismo iba pidiendo con un conocimiento profundo de las curas de urgencia, ó como avezado á estos ó parecidos rasguños.

Al día siguiente llamaron á un médico amigo, y aunque la herida no tenía importancia, hubo Miguel de guardar cama una semana, en evitación de lo que pudiera sobrevenir.

El lance de aquella noche inolvidable fué como un desposorio que enlazó fatalmente los cuerpos y las almas. Manolita no volvió por el bar, ni puso más los pies en casa de su maestra. Miguel abandonó por completo la vivienda de su padre. Hiciéronse al gabinete galante de la calle del Nuncio y en él se avecindaron, no sin vislumbrar ella la vida que se presentaba por delante. Después de todo, ya había paladeado las amarguras del vivir y quiere decirse que estaba curada de espanto.

Joaquina y un pariente suyo encargáronse de recoger algunas ropas y unos pocos papeles de Manolita; visitaron al criminal, al cual ni siquiera mentaron su hazaña, sino que le manisfestaron que la viuda abandonaba por completo el negocio y que reclamaba un documento, firmado por aquél, dándose por enterado de la ruptura.

A los veinte días, el bar era traspasado á un tabernero de la misma calle.

A la sombra de unas pocas pesetejas, los amantes triunfaron en un principio, sin imaginar que tan pronto habían de sufrir el dolor agudísimo de la miseria.

Frecuentaron los merenderos, los cafés solitarios, los rincones apartados. Y hasta fueron á los toros, con mantilla y claveles.

Todas las noches tertuliaban en el reducido comedor de Joaquina y sacaban á relucir personajes y episodios de la época pintoresca del café de Naranjeros, donde Joaquina ganó buenos cientos de duros. Allí, *la Nacha*, la hermosísima *bailaora* que murió en San Juan de Dios. *El Avispao*, que raro era el día que no se quedaba con el monedero de algún juerguista ó el reloj del ino-

cente provinciano. *El Petaca*, dueño de los mejores organillos que alegraban las calles. Y con ellos, el baile de la Costanilla, tan castizo entonces, al cual subió una noche cierta dama de la aristocracia, embozada en la capa de un poeta.

Tras de estos ensoñares por el campo de los recuerdos, despertaron á la realidad del presente y llamaron con angustia á las puertas de los amigos.

Viéronse solos en lo más revuelto de la corriente de la vida y, lejos de indignarse, callaron y se acobardaron como pobres vencidos.

Con las andanzas de Manolita podía hacerse un poema. Picardeada por los hombres, se creyó la más feliz de las criaturas cuando ellos la cortejaban; y ahora, aquellos hombres la hundían para siempre en la pobreza.

Era preferible morir, y así lo habían dicho varias veces á Joaquina, quien hasta última hora les cedió generosamente un lecho en su vivienda.

Acosados por el hambre, rendidos de luchar en vano y avergonzados de sus calamidades, decidieron matarse.

Mediada una tibia noche de primavera en que por todas partes se sentía la alegría de vivir, los dos amantes se presentaron en casa de Joaquina, á la cual dijeron que tenían muchísimo sueño, recomendándola que no les despertase por la mañana, pues querían dormir con largueza.

La dueña de la casa cumplió al pie de la letra lo que le habían dicho; pero como era ya más de mediodía y los huéspedes no salían de la habitación, se decidió á interrumpirles el sueño, golpeando la puerta. Un silencio absoluto siguió al llamamiento. Volvió

Joaquina á golpear más fuerte y nadie contestó.

Alarmada, presintiendo la horrible desgracia que le habían anunciado, avisó á la portera, á quien comunicó sus temores. Aquélla, después de llamar también en la puerta, se subió en una silla y miró por el cristal del montante.

Con voz apagada por la trágica visión, la portera exclamó:

—¡Los dos están muertos y tiraos en la cama!

Dieron aviso inmediatamente á la Comisaría, y cuando el juez y los agentes franquearon la entrada, ayudados por un cerrajero, hallaron á los dos amantes echados en la cama, con la sien derecha destrozada y un revólver que el hombre empuñaba.

Entre las ropas, apareció una carta firmada por Miguel y Manolita y dirigida á su amiga Joaquina. En ella decían

que se mataban de común acuerdo por no poder soportar su desgracia; pedían perdón por el disgusto que la daban; y concluían rogándola que mandase decir una misa en el altar de la Virgen de la Paloma.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA NOVELA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁ-
FICO DE JULIÁN PALACIOS, EN LA
VILLA Y CORTE DE MADRID,
Á LOS VEINTIDÓS DÍAS
ANDADOS DEL MES
DE OCTUBRE DEL
AÑO DE JESU-
CRISTO DE
MCMXVI

University of
Connecticut
Libraries

39153028233551